

Norah Carter  
Monika Hoff

El final de  
¡Y FENÍA QUE SER  
MI JEFE!

DOLCE  
ITALIANO

# **¡Y tenía que ser mi jefe! 7**

Norah Carter — Monika Hoff

Título: *¡Y tenía que ser mi jefe! 7*

© 2016 Norah Carter — Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª edición: Noviembre 2017

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



## Capítulo 1

Nos fuimos por dos semanas a Riviera Maya, Peter y yo. Al hotel “*The royal hideaway playacar*” un complejo todo incluido, sólo para adultos, en una preciosa franja de arena.

—¡Peter! —Chillé con emoción—, esto es precioso —estábamos en la piscina principal. La habitación era un espectáculo, todo de lujo, Peter tiene un gusto exquisito.

—Me encanta que te guste — me abrazó y luego depositó un beso en mi frente.

—Tenemos que comprar una casa aquí —dije como una niña pequeña.

Peter me miró con diversión.

—Quitemos esto —dijo pasando sus manos por mi cintura y las deslizó sensualmente hacia mi cadera, soltó el nudo del pareo del bikini. Peter me tiene como una reina. Quiso que comprara todo nuevo para el viaje y se dio el gusto de hacerme sentir como en una pasarela. é para él los distintos trajes de baño, los elegimos juntos, aunque él más que yo.

—Estás increíble ahora —dije y me mordí el labio inferior.

—Y tú condenadamente sexy —dijo haciéndome girar de frente, con sus grandes manos en mi cintura, parecía un baile sensual cuando hacía eso.

El fuego del interior se exteriorizó haciéndome estremecer y entrar en combustión. Cada día se ponía mejor nuestra relación.

—Ahora te voy a besar —dije y le rodeé el cuello con los brazos, sus manos fueron a mi culo.

Cuando sentí su miembro duro pegado a mí, entre mis piernas, lo besé con más intensidad, me encantaba ponerlo así tan rápido.

—Davinia —dijo con voz entrecortada—, mi vida, me excitas demasiado...

no puedo controlarlo y no creo que podamos hacerlo aquí, en pleno día.

Solté una risita muy cerca de su deliciosa boca.

—Está bien —dije abriendo mis piernas un poco para no hacerle sufrir más y lo abracé.

—Eso es peor —dijo apretándome las caderas. Era cierto, al abrir mis piernas y dejar que su erección se acomodara mejor entre mis piernas, era como un guante, rozaba ni vagina. Era cómodo para él, así no se doblaba o se hacía daño en el pene, pero a la vez era excitante para ambos. Me estaba excitando muchísimo, tragué saliva y me alejé. Peter cogió mi pareo, lo dejó extendido en sus manos y aprovechó el largo, que le tapó disimuladamente la muy tentadora erección. Una cosa cierta mi hombre, tenía una gran...

—Tengo hambre —dije y me tumbé encima de una cómoda silla.

—Yo también, aunque me gustó salir tan temprano, sino mira, ya son las 9 de la mañana —dijo y dejó el pareo en la silla continua a la mía —, pediré el desayuno, preciosa —dijo y se inclinó para darme un rápido beso en los labios.

Asentía con la cabeza y me coloqué las gafas de sol. Cerré los ojos y me dormí. No sé cuánto tiempo llevaba dormida cuando sentí que algo me golpeó en la cabeza, algo relativamente suave.

—Disculpa —dijo la voz de una mujer, muy cerca de mí.

Me quité las gafas de sol y vi a la mujer que me había hablado, tenía en sus manos una pelota de playa, supuse que eso fue lo que me golpeó.

—Lo lamento, de verdad, la pelota se fue con el aire —dijo apenada.

—No se preocupe —dije sonriéndole, era divertido ya que no fue algo grave. La mujer sonrió ampliamente.

—Soy Karla Ortiz. Me puede tutear si quiere —dijo sonrojándose.

—Davinia Evans, también me puedes tutear —dije con gracia.

—Cielo... —dijo un hombre dirigiéndose a Karla.

—Corazón, te presento a Davinia Evans, a la que sin querer le pegó nuestra

pelota de playa —dijo sonrojada.

—Encantado, Ernesto Ortiz —dijo dándome la mano.

—Encantada.

Peter se nos unió, venía con dos zumos. Los colocó en una mesita en medio de nuestras sillas.

—Mi vida, te presento a los Ortiz —dije y le acaricié la espalda.

—Encantado, Peter Evans —dijo dándole la mano a Ernesto y luego a Karla.

—¿Están de luna de miel? —preguntó Karla.

—No, pero venimos a amarnos —dijo Peter y se rió.

Ernesto y Karla comenzaron a reírse, una risa contagiosa a la que me uní y me sonrojé.

—¿Ustedes sí? —pregunté.

—No, tenemos 5 años de matrimonio, y venimos a celebrar nuestro aniversario —dijo con alegría Karla y rodeó con sus brazos la cintura de su esposo.

—¿Quieren desayunar con nosotros? —preguntó Peter al ver cómo un camarero se acercaba con la comida.

—No queremos incomodarlos —dijo Ernesto.

—No es molestia —dije yo.

—Bueno, en ese caso... —dijo Karla —, nos encantaría, ¿verdad, cariño? —dijo y miró a su esposo.

—Sí, por supuesto, es agradable hablar con otro matrimonio, hasta los momentos solo hemos visto solteros y un grupito de universitarios.

Peter sonrió con diversión.

—Este hotel es solo para adultos, al menos no hay niños correteando —dijo Peter y se rió con ganas.

Ernesto acompañó a Peter con la risa, a Karla y a mí no nos pareció gracioso.

—¿Quieren desayunar lo mismo que nosotros? —preguntó Peter.

—Mi vida, ¿quieres lo mismo que ellos? —le preguntó Ernesto a Karla.

—Sí, se ve delicioso —dijo ella sentándose en una mesa con sombrilla.

—Hagamos esto, ustedes, damas, coman primero, Peter y yo esperamos, así no se comerán la comida fría.

—Me parece excelente —dijo Peter —, mientras el camarero trae los otros dos platos, ¿te importaría acompañarme un segundo al bar? —le preguntó Peter a Ernesto.

—No, para nada, vamos —dijo, y se inclinó, le dio un beso rápido en los labios a Karla, nos dio el buen provecho, se excusó y se encaminó. Peter hizo lo mismo conmigo y se fue.

—Buen provecho —le dije a Karla. Me moría de hambre.

—Buen provecho. Esto está de muerte —dijo ella sonriendo.

Karla me preguntó cuánto tiempo llevaba con Peter. Hablamos mientras comíamos, sobre cosas del hotel. A los pocos minutos llegó Peter con Ernesto. El camarero venía detrás de ellos, Karla y yo casi ya terminábamos de comer.

—Les tenemos una sorpresa —dijo Ernesto sentándose junto a su esposa.

—Cierto —dijo Peter y sorbió un poco de su zumo de frutas.

—¡Qué emoción! —dijo Karla juntando las manos.

—Almorzaremos en un yate —dijo Peter

—Y después, mientras nos relajamos, podemos nadar, pescar, etc.... —dijo Ernesto con entusiasmo.

—Suenan bien —dije y cogí mi zumo de frutas.

Terminamos de desayunar, Karla y Ernesto se despidieron y quedamos en verno más tarde para almorzar.

—Son agradables —dije.

—Sí, la verdad es que lo son —dijo Peter relajado en su silla frente a la

piscina —, me encanta la paz de aquí, dicen que esta piscina es ruidosa, pero, la verdad, mientras no haya niños llorando y corriendo.... el otro ruido no importa, esto es paz —dijo y se echó a reír, yo me cabreé. No respondí.

—¿Qué te sucede, mi vida? —dijo y sentí cómo se puso de lado para verme, ya que yo estaba tumbada boca arriba.

—¿Qué tiene de malo que haya niños corriendo por ahí? Hablas como si no te gustaran los niños.

—¡¿De verdad, estás molesta por eso?! —dijo con voz un poco irritada.

—¡Sí!, me cayó mal ese comentario, y a Karla también.

—Davinia, eres imposible —dijo y se sentó —, estamos en un lugar relajante, lo elegí sin niños, seamos sinceros, los niños gritan, rompen cosas, lloran, ensucian, y tú y yo necesitamos paz. Los niños me gustan, pero ¡joder!, no cambiaría ahora mi paz por unos críos chillando y gritando.

—Está bien —dije y lo ignoré.

—¿Estás cabreada? Es más, no hace falta que te lo pregunte, lo estás, se nota —dijo cabreado él ahora.

Me levanté irritada.

—Me voy a dar un baño, nos vemos luego —dije y me fui dejándolo con su cabreo.

Era sencillamente increíble, el primer día de vacaciones y ya estamos discutiendo, llegando al grado de cabrearse. Subí a la habitación, me desnudé en medio de la misma y fui al baño. Unos minutos después, estaba sintiendo la magia de las sales de baño, ya que decidí usar la bañera con hidromasaje. Al terminar mi merecido baño, fui en bata del baño a la habitación.

—Sí, buenos días, me gustaría pedir unas fresas cubiertas de chocolates, gracias.

Me quité la bata y comencé a ponerme la ropa interior. Estaba de espalda y cogí una franelilla muy coqueta y fresca. Peter entró a la habitación, me volví para mirarlo.

—Me encanta subir y encontrarte así —dijo caminando hacia a mí.



Sonreí con diversión.

—Bueno ya no me veras más, estoy terminando de vestirme —dije y le di la espalda. Sus manos se cerraron en mi culo. Luego en mi cintura y me hizo girarme, me dio un beso en la boca. ¡Dios mío!

—¿Qué decías? —preguntó con diversión al separar sus labios de los míos.

Nada... No decía nada...

## Capítulo 2

Mientras Peter comenzaba a hacerme el amor bestialmente, llamaron a la puerta.

—Voy a tener que poner el cartelito de no molestar —dijo Peter levantándose para ir a abrir.

—Deben de ser las fresas con chocolate —dije mordiéndome un dedo con diversión.

Peter me miró en modo jugueteón.

—¿Me ibas a comprar con fresas con chocolate? —preguntó con una sonrisa picarona. Cerró su bata y se fue a abrir.

Regresó con las fresas.

—¿Funcionó? —pregunté con una sonrisita de picardía.

Peter cogió una fresa y le dio un mordisco.

—Sí, funcionó —dijo y se la comió toda.

Nos comimos las fresas de una manera... ¡caliente!

—Quiero ir a Cancún, investigué, queda a una hora de aquí —dije cogiendo una fresa de la caja.

—Está bien, tus deseos son órdenes —dijo, pero en tono burlón.

—No cuenta si lo dices así —dije chinchándolo.

No me respondió, cogió una fresa y la comenzó a deslizar por mis pechos hacia abajo.

—No, no, no —dije con tono de diversión—, tenemos que vestirnos, se nos hace tarde y hemos quedado con los Ortiz.

—Ok, ok —dijo y se comió la fresa.

Nos vestimos y nos reunimos con ellos en la piscina principal.

—Perdonen el retraso —dije sonrojada.

—No, para nada, nosotros acabamos de llegar —dijo Karla sonriendo ampliamente.

—Bueno, espero que todos tenga sus bañadores porque nos vamos a mojar —dijo con entusiasmo Ernesto.

Nos encaminamos hacia el yate de lujo. Estaba fascinada, no solo yo, Karla también. Peter y Ernesto estaban tranquilos.

—Esperad un segundo —dije de pronto. Todos se volvieron para mirarme —, ¿quién va a llevar el timón? —pregunté con algo de miedo.

Peter me sonrió con diversión y me rodeó la cintura.

—Yo sé hacerlo —dijo Ernesto sonriendo.

—Yo también —dijo Peter y depositó un beso en mi frente.

—Ves, no hay de qué preocuparse —dijo Ernesto con emoción.

—Cierto, mi esposito sabe navegar —dijo Karla con cara de enamorada.

Asentí con la cabeza y comenzó el viaje.

—Buenas tardes —dijo una joven mujer que no tendría más de 20 años—, yo soy Anahí y les serviré en el área de comida, bebidas, lo que dure todo el viaje —dijo con mucha amabilidad.

—Bueno, con su permiso —dijo Ernesto —, ordenaré, por favor, unas ostras con jugo de limón y unos deliciosos calamares rebosados y de acompañante un buen pan alemán, ¿alguien desea acompañarme?

Yo estaba bien, debido a las fresas con chocolate.

—Yo, mi vida —dijo Karla.

—Suena bien, te acompaño con unas cervezas alemanas bien frías —dijo Peter con entusiasmo.

Anahí tomó nota y se retiró. Nos explicó que había otros empleados a bordo más un chef profesional a nuestra completa disposición. Me quité la blusa y la falda y me quedé en uno de los muchos bañadores que me regaló Peter. Karla se quitó un sencillo pero precioso vestido playero y se quedó en un sexy traje de baño de dos piezas, el mío era entero. Peter y Ernesto hablaban mientras Ernesto navegaba. Un hombre se les acercó.

—¿Quién es ese? —pregunté con disimulo a Karla. Ambas estábamos tomando el sol.

—Es el capitán, ya que, aunque nuestros esposos sepan llevar el timón, el capitán estará aquí, por si se cansan ellos o la lían.

—Ya veo —dije y volví a ponerme las gafas de sol.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro —dije y me puse de lado para mirarla.

—¿Tienes hijos? —preguntó con cautela.

—No, pero queremos, ¿tú tienes hijos?

—No, pero Ernesto, sí —dijo y giró la cabeza para mirarlo platicando animadamente con Peter.

—¿Te llevas bien con ellos? —pregunté también con cautela.

Karla me sonrió ampliamente.

—Sí, tiene una niña preciosa de 12 años y un varón de 15. Son de su primer matrimonio, gracias a Dios, me llevo muy bien con sus hijos —dijo con sinceridad.

—Eso es bueno —dijo yo sonriendo. Me alegraba por ella—, ya que dicen que es difícil cuando son menores de edad.

—Sí, yo pensaba al principio que sería duro, pero la mamá de ellos tiene su pareja y los niños entendieron que, si su mamá tiene pareja, su papá también.

Asentí con la cabeza.

—Disculpa que te pregunte esto, pero ¿Ernesto quiere hijos contigo? — pregunté con mucha curiosidad.

Karla se rió.

—No te preocupes, hasta yo preguntaría. La respuesta es sí, él quiere hijos conmigo, estamos esperando un poco, yo tengo 29 años y él 36. Creo que en unos meses vamos a ir por el bebé —dijo sonrojada.

—¡Vaya!, felicidades —dije yo una vez más contenta por ella.

—¿Y Peter y tú?

—Bueno, Peter no tiene hijos —dije y me acordé de Gaby, sentí una punzada de dolor en el pecho, acordarme de ella me hacía sentir mal, pasó por tanto... —, tuvimos un aborto natural —dije con tono bajo, me costaba decirlo en voz alta.

Karla se tapó la boca.

—Lo lamento tanto —dijo con comprensión.

—Descuida. Después de eso decidimos cuidarnos, no hemos hablado más del tema porque estamos de vacaciones, pero sí, deseamos ser padres —dije algo insegura, ya que tenía reciente, con el cabreo por su comentario del hotel sin niños... Estaba dudando ahora de si Peter deseaba hijos.

Karla iba a decir algo más, pero llegó Anahí con la comida. Peter y Ernesto se acercaron de inmediato dejando al capitán hacer su trabajo. Karla soltó una risita.

—Lo sé, amada mía, sabes que la comida me hizo soltar el timón —dijo y le guiñó el ojo.

—Es excelente la cerveza. —Dijo Peter con una preciosa sonrisa. Me encantaba verlo tan relajado —¿Quieres, mi vida? —preguntó ofreciéndome su cerveza.

—Sí, gracias —dije y la cogí. Bebí un sorbo, no era fanática de la cerveza, pero estaba bien fría y tenía un sabor agradable.

—¿Te gusta? —preguntó Peter.

—Sí, está buena —dije y se la devolví.

Pasamos una hora entretenida, bebiendo, picando y hablando. Mientras pasaba la hora, me entró hambre. Vi a Anahí y le pedí unas gambas al ajillo y más calamares, ya que solo probé uno y estaban exquisitos, se acabaron rápidamente.

—Cielo, voy a nadar, ¿quieres venir? —preguntó Peter con entusiasmo.

—No, cariño, ve tú, yo comeré un poco y charlaré con Karla.

Peter me dio un beso en la boca, no tan rápido y se fue con Ernesto, que estaba esperándolo. Parecían dos universitarios.

—¡Vaya!, que romántico —dijo Karla sonriendo con gracia.

Me sonrojé.

—Sí, Peter es tremendo, parece a veces un adolescente y otras un universitario.

—Bueno, no hay mucha diferencia —dijo, comenzó a reír y yo hice lo mismo.

—Sí quieres, acompáñalos, no quiero detenerte —dije y Anahí apareció con la comida.

—No, qué va, yo también tengo hambre y me gusta charlar contigo —dijo y cogió una patata frita que había pedido junto a lo que pedí yo. Trincho con un tenedor la papá y luego una gamba al ajillo —, disculpa si pierdo el glamour con esto —dijo sonrojándose.

—¡No!, ¡mujer!, nada que ver, no estás perdiendo el glamour por comerte una papa y luego una gamba, eso, créeme... está bien. Además, es una excelente combinación —dije con diversión, porque era verdad y la copié.

—¡¿De verdad?! Mi madre siempre me miraba mal cuando lo hacía —dijo y fue a por otra papa con gambas.

Yo negué con la cabeza con diversión. Nos reímos y disfrutamos de la comida y charlamos de todo un poco. Hacía calor, ya eran las 2 de la tarde.

—¿Quieres nadar, cielo? —preguntó Peter.

Karla había ido al baño y Ernesto estaba conversando con el capitán.

—Sí, ¿qué tal está el agua?

—Está perfecta.

—Para ti siempre está perfecta... Vamos —dije y me levanté. Peter me sorprendió cogiéndome en brazos y caminó hacia el borde.

—¡Peter! —chillé.

—¡Shhh!, estás a salvo conmigo, te amo —dijo y salto conmigo en brazos.

### Capítulo 3

Las horas pasaron, nadamos, charlamos, jugamos a distintos juegos de mesa, pusimos música relajante. Decidimos, ambos matrimonios, quedarnos hasta media noche, los empleados se turnaron, incluyendo al capitán.

—Preciosa noche —dijo Ernesto acercándoseme.

Peter había ido a darse un baño y Karla estaba hablando por teléfono.

—Sí, realmente preciosa —dije y miré al cielo. Eran las 7 de la tarde.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó con cortesía

—Por supuesto, adelante —dije sonriendo.

—Disculpa la pregunta que te haré —dijo un poco avergonzado, yo solo asentí con la cabeza —Bueno, no es una pregunta, te ves más joven de la que edad que creo que debes de tener. Pareces de tal vez... unos 24 años.

Mi cara era de sorpresa.

—No, no tengo esa edad —dije sonrojándome. Karla apareció.

—La cena será un éxito —dijo contenta y se sentó encima del regazo de su esposo.

—¡Qué bien! Me muero de hambre —respondió Ernesto.

Yo solo sonreí. Peter se nos unió y me miró con esa manera de saber que me está sucediendo algo. Cenamos, yo estuve callada, hablaba poco.

—Estuviste callada en la cena —dijo Peter rodeándome la cintura por detrás, ya que yo me había alejado de todos para apreciar el mar.

—Estoy bien, me gusta mucho esto —dije y me recosté de él.

—¿Qué sucede? Sé que algo te pasa —dijo haciéndome girarme con ternura.

—No es nada —dije intentando no bajar la mirada.

—No te creo.

Suspiré.

—Créeme, es impresionante estar aquí después de todo lo que hemos pasado —dije mintiendo. No podía decirle que Ernesto me dejó incomoda con su cercanía.

Peter me miró y sentí que no creía en mis palabras, pero lo dejó pasar. Nos fuimos antes de las doce, no quería estar más en presencia de Ernesto. Me dormí apenas puse la cabeza en la almohada.

Al día siguiente, nuestro segundo día, Peter se levantó temprano y me dejó dormir hasta las 10 de la mañana, cuando me llamaron a la habitación para despertarme.

Miré por la habitación, buscándolo. Había una nota en su almohada.

*Buen día, bella durmiente.*

*Estoy planeando un día romántico, pide el desayuno a la habitación, iré por ti a las 12:30. Es una sorpresa, te amo.*

*Tuyo, Peter.*

No podía borrar la sonrisa tonta de mi cara. Pedí el desayuno, comí, me bañé y me dediqué a relajarme y a ponerme guapa.

—Preciosa, hora de irnos —dijo Peter desde la habitación, yo estaba en el baño.

Salí con una sonrisa enorme, corrí hasta él y lo besé con pasión.

—¡Joder! Si haces eso, no saldremos nunca. ¡Mujer! Me vuelves loco —dijo y me besó con la misma pasión.

—Lo sé, te amo y estoy excitada —dije y me sonrojé.

Peter hizo un sonido de pura lujuria y deseo.

—Vamos, vamos —dijo sonriendo con picardía.

La gran sorpresa... ¡iríamos a Cancún! El viaje duraba una hora. Fue una hora corta, reímos, nos amamos, nos relajamos, fue perfecto.

—Peter, qué bonito... —dije cuando llegamos. Eran casi las dos de la tarde.

—¿Qué te gustaría hacer primero?

—Nadar en la playa —dije como una niña pequeña.

Peter sonrió con diversión.

—Ok, eso haremos —dijo y me cogió de la mano.

Mágico, es esa es la palabra, perfectamente mágico. Una preciosa experiencia. Las ganas que le tenía a Peter estaban volviéndome loca, tenía las hormonas a flor de piel. No pude más una vez dentro del agua. Le busqué, jugando con él. Lo abracé, lo mordí, lo besé. Nos dejamos llevar en pleno mar.

—Mi vida —dijo con la voz ronca. Lo miré a los ojos y mordí mi labio —, te voy hacer el amor aquí, nadie lo notará —dijo y sentí su dura erección en mi vagina, por la posición en la que estábamos.

Parecía un vals por el movimiento del agua. Su boca llenó mi cuello de besos húmedos. Sus manos sujetándome, no dejaban que me hundiera. Me ponía muy caliente su manera de protegerme, de estar tan segura en sus brazos. ¡Dios mío!, tenía ganas de gritar, de cantar, ganas de llorar de felicidad. Me quitó la parte inferior del bañador.

—Sujétala con una mano —dijo dándome la prenda. Lo hice y volví a poner mi brazo en su cuello. Sentí su miembro fuera de su bañador, abrí las piernas y lo dejé entrar.

Comencé a gemir. Peter me llenó la boca de besos. Tan intenso, tan caliente,



un amor desbordante. Llegó el orgasmo por mi parte y podía sentir que Peter estaba cerca.

—Te amo —dije y comencé a contraer mi vagina.

—¡Ah! Te amo —dijo y comenzó a jadear, a hacer sonidos guturales y se corrió.

Ambos jadeando. Peter me ayudó a poner la parte inferior del bañador y nadamos hacia la orilla.

—Mi vida, ¿no te cansaste? —pregunté con impresión.

Peter se rió con ganas.

—Mi bella, yo estaba tocando fondo, tú no —dijo con diversión.

Me sonrojé.

—Eres tan bella e inocente... —dijo y depositó un beso en mi frente.

—Tengo sed —dije relamiéndome los labios.

—Y yo hambre —dijo con una sonrisa —, hacer el amor despierta otras cosas —dijo y se echó a reír.

Pedimos tacos de pescados y comimos en la playa.

—Estoy satisfecha —dije y me relajé en la cómoda silla de playa.

—¿Sabes, corazón, cómo se llama esta playa? —preguntó Peter.

—Playa Gaviota Azul —dije con una sonrisa de autosuficiencia.

—¡Vaya! Muy bien, eres lista —dijo con tono de gracia.

Le saqué la lengua.

—E infantil —dijo y se echó a reír.

—No es difícil, vi un cartel —dije y comencé a destornillarme de la risa.

—¡Hola! —dijo Karla tapándonos el sol.

Peter frunció el ceño y me miró. Por un momento quise levantarme y darle un codazo por ser maleducado.

—Karla —dije con amabilidad y le regresé la sonrisa.

—Lamento interrumpir, por lo que veo ambos matrimonios pensamos igual —dijo sonriendo con diversión.

—Sí, al parecer —respondió Peter, pero no con emoción.

Karla se incomodó.

—Lo que quiero decir —dijo Peter dándose cuenta de su falta de emoción—, disculpa si soné antipático —dijo regalándole una sonrisa de amabilidad—. ¿Quieren pasar el resto de la tarde con nosotros? —preguntó más relajado.

—Sí, la verdad a mí sí me gustaría, voy a buscar a Ernesto —dijo Karla entusiasmada.

Peter sonrió y asintió. Karla se fue.

—Sé lo que dirás —dijo Peter antes de que yo dijera algo—, lamento si fui frío con ella, pero quería pasar el día solos, sin embargo, sería egoísta de mi parte que no entablemos amistad con otros matrimonios —dijo dejándome sorprendida.

—Pero sé que hay un pero —dije y suspiré.

—Sí, algo te pasó anoche en el yate, estoy seguro de que no es con Karla, es con su esposo —dijo en tono serio.

—Peter, yo...

Karla y Ernesto se estaban acercando.

—Después hablamos —dije en un susurro y le coloqué la mano en la rodilla.

Él asintió y me cogió la mano.

Ernesto le dio la mano a Peter y se acomodaron en unas sillas que unos empleados acercaron con una sombrilla.

—¿Ya almorzaron? —preguntó Karla.

—Sí —dije yo y cogí un coctel de frutas sin alcohol.

—Bien, de todas maneras, Ernesto y yo pediremos algo, si quieren pueden comer de ahí —dijo ella.

—Gracias —dijimos Peter y yo.

El tiempo comenzó a pasar, Karla y Ernesto se pusieron a comer.

—¿Quieren subirse a las motos de agua? —preguntó Ernesto una hora después de haber comido.

—¿Quieres, mi vida? —me preguntó Peter.

—¿Eso es seguro? —pregunté con un poco de miedo.

—Sí —respondió Ernesto por Peter, a Peter le cabreó eso, lo conozco bastante, Ernesto no se dio cuenta.

—Bien —dije con una fingida sonrisa. Tenía que solucionar pronto mi incomodidad o Peter le cogería rabia a Ernesto. Me daba pena por Karla, me caía bien, tenía potencial para ser una muy buena amiga, pero si estaba en lo cierto con Ernesto, esperaba que no, ya que eso sería un problema para tener una amistad con ellos.

Nos subimos a las motos, yo con Peter y Ernesto con Karla. Sirvió para despejarme la mente. Me abracé fuerte a Peter.

—Cariño, no me aprietes tan duro, no puedo respirar —dijo Peter acariciándome las manos.

—Lo siento, baby —dije apenada

—¿Baby? —preguntó con diversión.

Lo pellizqué.

—¡Auch! ¿Eso por qué? —se quejó con diversión.

—No me chinches —dije riéndome.

—Bueno, sujétate bien, sin quitarme el aire —dijo riéndose. Me abracé muy bien a él, y arrancó.

—¡Increíble! —dije casi gritando. Peter dio unas cuantas vueltas y detuvo la moto, la apagó, se levantó y se sentó de frente para mirarme.

—Relájate, mi vida —dijo cuando miró mi cara de susto por lo que hizo sin avisarme. —No caeré al agua, no te dejaré sola —dijo y me acarició la cara.

Asentí.

Miré alrededor estábamos lejos de la orilla.

—¿Estás nerviosa? —preguntó, aunque sabía que no hacía falta preguntar.

—Sí, me pasan varias cosas por la cabeza —dije y en mi mente escuchaba la melodía que ponían en las películas de tiburón.

—Piensas en tiburones y creo que también en si la moto se puede dar la vuelta —dijo intentando no reírse.

Puse los ojos en blanco.

—¡Ja! Lo sabía —dijo y le di un pequeño golpe con la palma en el brazo.

## Capítulo 4

Peter cogió mi mano y la besó.

—Vamos a estar bien, mi niña bella —dijo sonriéndome con amor.

—Me excitas mucho cuando hablas así —dije en voz alta.

Peter abrió los ojos con asombro.

—Mi vida, me dejas impresionado con tus ganas —dijo y se sonrió tan sensual. Había algo que estaba olvidando y no sé el qué. No podía pensar mucho con las ganas que tenía de tener a Peter entre mis piernas. Sin pensar más en qué era lo que tenía que recordar, me levanté y casi caigo al agua. Peter me sujetó por la cintura.

—¿Qué haces? —preguntó con diversión.

—Esto —dije y me senté a horcajadas sobre él.

—No sé cómo lo haces, pero me encanta que me contagies tu calentura —dijo y comenzó a besarme con pasión la boca.

Estábamos tan compenetrados, que no nos dimos cuenta de que teníamos público. No podía detener el deseo y el amor en cada beso. Peter dejó de

besarme repentinamente, yo tenía los ojos cerrados, al abrirlos estaba cabreado mirando detrás de mí.

—¿Pero qué carajo?! —soltó.

Me di vuelta y vi a Ernesto que estaba nadando hacia su moto.

—¿Qué sucede? —pregunté confundida.

—Sucede que nos estaba mirando y ahora se hace el loco y se va —dijo muy cabreado.

Me levanté y me lancé al agua.

—¡Davinia! ¿Qué haces? —preguntó Peter casi gritando.

—Quiero nadar, estás cabreado y no quiero estar contigo en la misma moto, esperemos a que se te vaya el cabreo y nos vamos —dije y Peter me miró con el ceño fruncido.

—Estoy cabreado, pero no es contigo —dijo irritado.

—Lo sé, sé que no es conmigo, de todas formas, quiero nadar —dije y me quité el chaleco, me acerqué a la moto y lo dejé.

—Eso no es buena idea —comenzó a decirme cuando me alejé un poco de la moto.

—Para poder sumergirme, necesito quitarme el chaleco —dije y me sumergí.

Cuando salí a la superficie, Peter no estaba en la moto, no lo veía. Sentí cómo unas manos me cogieron por las piernas, grité, imaginándome de nuevo la música de tiburón en la cabeza. Peter salió a la superficie. Me miró a la cara y comenzó a reírse.

—¡No es gracioso! —dije y le di un golpe suave en el pecho.

—Sí lo es —dijo sin dejar de reír.

—Mi vida, con respecto a Ernesto, yo creo que es solo un malentendido, ama a su esposa, yo estoy muy liada con todo lo que vivimos. Estuve pensando que es normal ver todo lo malo en las personas o hacerse una mala idea.

Peter hizo una mueca de disgusto.

—Él tío nos estaba mirando en plena intimidad.

—Peter, estamos juntos, ambos matrimonios, a lo mejor se acercó para hacer una competencia o avisarnos de que ya se regresaban y nos vio y se fue para no volverlo algo incómodo y darnos espacio.

Peter no estaba muy convencido, pero yo sí, no todo podía ser negativo.

—No lo sé, espero que sea así, vamos a la moto —dijo, pero yo me quedé quieta. Peter ya estaba cerca de la moto, giró la cabeza y me miró — ¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—Sí, solo pensé que estaríamos un rato más —dije con tristeza.

—Amor, claro que lo estaremos, podemos dar otra vuelta —dijo sonriendo—, ven —dijo y e hizo una seña con la mano. Yo sonreí y nadé hasta él.

Dimos unas cuantas vueltas más y luego regresamos a la playa. Ya estaba por anochecer.

—Mi vida, te tengo otra sorpresa, hoy dormiremos en el “Le Blanc Spa Resort”, queda a un kilómetro de aquí —dijo Peter con una sonrisa espléndida en su cara.

—Peter —dije con tono de preocupación

—Sí...

—No crees... digo... que estás gastando mucho.

—Davinia, cielo, ¡hey!, mírame —dijo cogiéndome con sus manos el rostro con amor—, tengo dinero, eso lo sabes muy bien, tenemos, mejor dicho, solo disfruta, quiero para ti todos los lujos que sea capaz de cubrir. Te mereces esto y mucho más.

No pude responderle, me besó en la boca con tanto amor que se me olvidó lo que iba a decirle.

Fuimos al hotel, nos buscó un chofer. Peter había preparado todo. Karla y yo intercambiamos números de móvil así que le dejé un mensaje diciéndole que Peter y yo ya nos retirábamos.

—Me voy a dar un gran baño, ¿quieres acompañarme? —preguntó Peter.

—Sí, suena bien —dije y bostecé.

—¿Estás cansadita? —preguntó intentando no reírse.

—¿Tú no? —pregunté con sorpresa.

—Sí, un poco.

—Yo también un poco —dije y le saqué la lengua. Normalmente siempre era él quien se cansaba rápido.

Nos bañamos y hablamos de todo un poco. Fuimos a la cama y me quedé dormida. Al día siguiente me levanté más temprano que Peter, era el tercer día. Me vestí cómoda y sencilla, me maquillé un poco y bajé a desayunar. Dejé dormir a Peter.

**Hola, buenos días, ¿te gustaría hoy pasar un día en el spa? Ya nos regresamos esta noche al hotel. Iré al Spa a las 4 de la tarde.**

### **Mensaje de Karla.**

Peter se reunió conmigo en la piscina ya que decidí desayunar ahí.

—Buenos días —dijo Peter con ánimo, me dio un beso en la boca y se sentó junto a mí.

—Buenos días, ¿cómo dormiste?

—Muy bien, cielo, ¿tú? —preguntó.

—Bien, me dormí temprano ayer —dije sonriendo con gracia.

—Sí, fue un día de muchas actividades —dijo y trinchó con el tenedor un pedazo de fruta de mi plato—, y babeaste todo mi pecho anoche —dijo y se destornilló de la risa.

—¡Peter! —dije chillando.

—¿Qué? Es algo natural, corazón, todos lo hacemos —dijo y continuó riéndose.

Rodé los ojos.

—Estoy bromeando —dijo al dejar de reírse.

—Tú roncas —dije yo con malicia.

Peter alzó una ceja.

—Nunca me lo has dicho —dijo.

—Sí, roncas fuerte cuando bebes, normalmente roncas suave. Anoche sí estabas roncando fuerte —dije y solté una risita.

—Muy graciosa —dijo y siguió comiendo.

—No es mentira —dije y cogí mi zumo de frutas.

Peter negó con la cabeza con diversión. Terminamos de comer y nos regresamos al “*The royal hideaway playacar*”.

Fuimos a pasear, como cualquier turista y a comprar recuerdos.

—Casi me olvido —dije mirando la hora.

—¿Qué sucede?

—Karla me invitó a las cuatro de la tarde para ir al spa con ella, no te importa, ¿verdad?

Peter suspiró.

—La verdad es que son pesados —dijo con seriedad.

—Lo sé, supongo que no deben de tener muchos matrimonios amigos.

—Tal vez no, pero ve, diviértete, yo iré al casino.

—¿Estás seguro? —pregunté con cautela.

—Sí, por supuesto —dijo y me sonrió.

Almorzamos, descansamos en la habitación y cerca de las cuatro de la tarde fui al spa para reunirme con Karla.

—Nueva amiga —dijo Karla con alegría.

Sonreí con diversión.

—¿Y tu esposo? —pregunté tomando asiento en la recepción.

—Tomándose el día libre —dijo con diversión — ¿Y el tuyo?



—En el casino.

—Bueno, lo más seguro es que Ernesto se encuentre con Peter.

Casi pongo los ojos en blanco ya que a Peter no le gustaba mucho Ernesto.

—Sí, ¿le gusta el casino? —pregunté para continuar la conversación.

—Sí, mucho, aunque ahora no debe de estar ahí, dijo que me tiene una sorpresa.

Sonreí y nos atendieron. Nos guiaron hasta el salón de masajes.

—Por cierto, Davinia, te quería preguntar algo —dijo Karla en tono serio.

Estábamos quitándonos la ropa para ponernos unas toallas.

—Sí, por supuesto pregúntame —dije con curiosidad.

—¿A Peter y a ti les molesta algo de nosotros? —preguntó en tono bajo.

## Capítulo 5

—¡No! ¡por Dios! ¿Por qué piensas eso? —dije deteniéndome antes de seguir quitándome la ropa.

—Tranquila, no es algo negativo, te pregunto porque siento a Peter incómodo cuando nos reunimos con ustedes —dijo avergonzada.

—No, te explico, somos nosotros, hemos pasado por muchas cosas recientemente y Peter es muy sobreprotector, bueno, se ha vuelto muy sobreprotector —dije con sinceridad.

Karla se relajó.

—Entiendo, sé que Ernesto y yo podemos ser muy cotillas —dijo y se echó a reír, me uní a ella.

—No, ustedes son muy agradables, los que estamos oxidados somos Peter y yo —dije y le quité hierro al asunto.

—Bueno, me siento mejor hablando sobre el tema —dijo y continuó cambiándose.

La imité y fuimos para que nos hicieran masajes. Tuvimos dos horas de divina relajación, me quedé dormida en varias ocasiones. Tenía muchos años que no me relajaba tanto.

A las 6 de la tarde, Karla y yo fuimos a comernos un helado. Luego cada una se fue a su habitación para cambiarnos, decidimos ir juntas al casino, quería sorprender a Peter. Me vestí matadora, me puse unas medias pantys muy juveniles, un vestido negro corto y ceñido al cuerpo, unas botas nuevas muy caras. Una de mis mejores inversiones.

—¡Wow! Estás preciosa —dijo Karla con sinceridad.

—Tú también —dije observando el precioso vestido rojo un poco más largo que el mío.

—No, ¡mujer!, yo estoy bien, pero tú vas a tener a todos los hombres a tus pies, estás muy sexy —dijo con emoción.

—Gracias, pero solo quiero impresionar a uno —dije sonriendo con malicia.

—¡Jo! Esa es la actitud —dijo y entramos al casino.

Nada más entrar, nuestras miradas se encontraron. Peter abrió ligeramente la boca.

—¡Joder! Me gustaría que Ernesto me mirara así —dijo Karla a mi lado.

Fruncí el ceño.

—No me malinterpretes, pero ¡mujer! Da un poco de envidia cómo tienes a ese hombre, es como si te hubiese visto por primera vez, pero descuida, no soy tan envidiosa —dijo riéndose.

Le di un beso en la mejilla a Peter y me rodeó la cintura con un brazo, me dio un beso en los labios de unos buenos segundos.

—Estás para comerte —dijo haciéndome estremecer, ya que me lo dijo al oído. —Hola, Karla —dijo tendiéndole la mano.

—Hola —dijo ella aceptándola—¿Has visto a mi esposo? —preguntó y

comenzó a mirar por el casino.

—No, la verdad es que no lo he visto —dijo y también dio una mirada.

—Bueno, si me disculpáis, lo iré a buscar.

—Adelante —dijimos Peter y yo.

—Por fin solos —dijo Peter pegándose más a su cuerpo.

—Lo siento, ella supuso que Ernesto vendría, por eso me acompañó.

—Descuida, no estoy molesto —dijo y me hizo girar como si estuviésemos bailando—, lo que va a pasar a continuación es que iremos a bailar, no te he visto en dos horas y sé que estás muy relajada por esas horas en el spa, así que vamos a bailar bastante —dijo sonriendo ampliamente.

La noche fue mágica, bailamos, Ernesto y Karla se nos unieron, pero Peter y yo estábamos en nuestra propia burbuja. Los días pasaron e hicimos muchas actividades en pareja. Buceamos, montamos a caballo, nos relajamos, comimos exquisito, bailamos, jugamos, nos hicimos muchas fotos, conocimos a otro matrimonio, los Espósito. Un matrimonio joven más que Peter y yo. A

El undécimo fue un día muy significativo, un día de sorpresas. Hacía tres días que me sentía muy cansada y me dolían los senos, pero ese día amanecí descompuesta del estómago. Me cabreé, pensé que ya había dejado atrás las molestias estomacales.

—¿Cómo estás, cielo? —preguntó Peter entrando al baño.

—Preferiría que no me mirases ahora —dije muerta de la vergüenza.

—Davinia, corazón, acuérdate que es en las buenas y en las malas, yo también me puedo poner malo del estómago —dijo con dulzura, poniéndose de rodillas junto a mí que tenía la cabeza casi dentro del váter.

Después de volver a vomitar por tercera vez, logré ponerme en pie.

—Lo más probable es que haya sido el pescado de ayer —dijo Peter—, ya que hace como cuatro días que no bebes alcohol. Aunque el alcohol hace tiempo que ya no te daña —dijo y me acarició la espalda mientras me lavaba los dientes.

—Sí, puede ser el pescado —dije.

—¿Quieres intentar desayunar algo?

—Sí, fruta y unas galletas de jengibre, dicen que el jengibre ayuda con las náuseas y con los vómitos.

—Bien, las pediré o... ¿quieres salir de la habitación?

—No, prefiero aquí, gracias, mi vida.

Me metí en la cama mientras él pedía la comida.

—Lamento estar mala, perderemos un día —dije con tristeza.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con el ceño fruncido.

Asentí con la cabeza.

—¡Por Dios! Davinia, no puedo creer que hables así, no es el fin del mundo por perder un día, recupérate, por favor —dijo irritado y se fue de la habitación. Me puse a llorar. Tenía las emociones a flor de piel.

Pasé todo el día descompuesta, vomité la fruta, pero logré retener las galletas que me comí después. Peter apareció cerca la hora de almorzar, con un ramo de flores.

—Lo lamento mucho, mi vida —dijo Peter dándome el ramo de flores.

—Está bien, estoy sentimental —dije y una vez más sabía que algo estaba olvidando, pero no podía recordar el qué — Peter, corazón, no tienes que quedarte todo el día conmigo, de hecho, quiero dormir.

Peter frunció el ceño.

—No te voy a dejar —dijo con seriedad.

—Peter, estoy bien, quiero dormir, anda, ve, sal, toma un poco el sol —dije con mi voz más dulce.

—Está bien, lo hare, pero vendré después a ver cómo estas —dijo y depositó un beso en mi frente.

Me quedé dormida cuando se fue. Me desperté a las 3:30 de la tarde. Me levanté sintiéndome mejor, abrí mi bolso de mano y vi mis tampones. Mi cara

era de sorpresa. Eso era lo que había olvidado. ¡Oh, por Dios!

—Mi vida, te traje una rica ensalada con un aliño suave, sin nada de mariscos, es con manzana, me dijeron que es muy buena para las náuseas — dijo con ánimo.

Yo parecía que había visto un fantasma. Peter me miró y se asustó, dejó el plato en una mesa y corrió hacia mí, que estaba sentada en el suelo. Ni cuenta me había dado de que me senté.

—Davinia. ¿Qué sucede? —preguntó con miedo.

—Ya sé lo que me está pasando, creo que estoy embarazada.

Peter se quedó sin habla. Nos quedamos unos segundos que parecieron una eternidad en silencio.

Peter, cuando reaccionó, llamó a un médico, de hecho, buscó al mejor. Me examinó y me sacó sangre para hacerme el análisis. Me darían los resultados al día siguiente.

—Peter, por favor, ¿puedes dejar de dar vueltas? —dije irritada.

—Lo siento, es que estoy nervioso.

Eran las 8 de la noche.

—Yo también, ya perdimos a un bebé —dije con un hilo de voz.

—No, no digas eso —dijo y me abrazó para tranquilizarme, pero yo era un mar de emociones. Estaba 100% segura de que estaba embarazada, pero tenía un miedo terrible.

—Lo lamento mucho, Peter, no puedo controlarme, ¿por qué estas nervioso tú?

Admito que mi pregunta era ridícula.

—No importa por qué estoy nervioso, son muchas cosas, pero me niego a pensar en modo negativo —dijo y comenzó a andar por la habitación.

—Relájate, que me pones más nerviosa a mí, tómate una copa, fúmate un cigarro, sal a dar una vuelta —dije tensa.

—Lo lamento...

Lo interrumpí.

—Peter, descuida, no me harás daño, no te sigas disculpando, ¡joder! —Peter me miró con una cara que me hizo sentir mal. Estaba siendo muy dura con él y él, en cambio, intentaba no alterarme—, lo lamento, mi amor —dije, me levanté y caminé hacia él—, estoy muy nerviosa, tengo mal genio, irritación, ganas de llorar, náuseas...

Peter me sonrió con amor.

—Lo entiendo, de verdad, y sí, iré a por una, dejaré que proceses esto, ¿pero estás segura de que quieres que te deje sola?

Asentí con la cabeza y le sonreí. Me hizo gracia cómo estaba caminando hacia la puerta y luego se regresó.

—Bueno, si necesitas algo, llámame de inmediato y vengo corriendo —dijo y tropezó con la mesa. Me eché a reír, él sonrió y se fue.

## Capítulo 6

Llegó el día. A las 7:00 de la mañana llegó el sobre con los resultados de la prueba de embarazo a nuestra habitación.

—¿Quieres que lo abra yo? —pregunté mirando lo nervioso que estaba Peter.

—Sí —dijo y me lo pasó.

Respiré profundo y lo abrí. Miré a Peter que casi se comía las uñas.

—¿Y? —preguntó con ansiedad.

Supongo que estaba inexpresiva.

—Estoy embarazada —logré decir.

Peter me abrazó cuando lo anuncié.

—¡Davinia! Eso es estupendo, seremos padres —dijo sin dejar de abrazarme.

Peter se separó al ver que no le devolvía el abrazo.

—¿Estás bien?

—No. No lo estoy —dije sentándome en el sofá.

—Cielo, todo va a salir bien...

Lo interrumpí.

—Por favor, te pido por favor que no digas eso, necesito unos minutos, iré a caminar a la playa, discúlpame —dije y me levanté de prisa y dejé la habitación. Peter me siguió.

Estaba detrás de mí, pero no me detuvo. Me di la vuelta para enfrentarlo.

—Por favor, ¿puedes darme unos minutos a solas? —supliqué.

—No, no te dejaré sola, esto nos está sucediendo a los dos, mi amor —dijo y me cogió de las manos.

Comencé a llorar. Peter me abrazó y lloré a moco tendido. Nos quedamos en silencio apreciando la mañana. Desayunamos al aire libre. Logré, después de comerme tres galletas de jengibre, comer pan tostado con un pate de hígado de pollo.

—Investigaré las comidas que puedas digerir—dijo con amor, mirándome comer.

Asentí con la cabeza.

—¿Quieres que nos vayamos mañana?

—No, el 14 está bien —dije y cogí mi copa con agua.

—Buenos días —dijeron Karla y Ernesto.

—Buenos días —respondimos Peter y yo.

—Davinia, mujer, estás radiante —dijo Karla con entusiasmo.

Peter frunció el ceño y yo también. Juraría que debía de verme pésima por el día de ayer, aunque tenía bastante apetito.

—Gracias —dije intentando sonreír, todavía estaba en un shock emocional por confirmar que estaba embarazada —, estoy embarazada —dije creando un silencio repentino en la mesa. Karla y Ernesto seguían de pie.

—Por favor, siéntense con nosotros —dijo Peter para romper el silencio.

—Enhorabuena —dijo Ernesto y le dio la mano a Peter.

Karla sonrió ampliamente e hizo que me levantara para darme un abrazo de oso.

—Felicidades —dijo abrazándome.

—Esto hay que celebrarlo —dijo con entusiasmo Ernesto —, ¿les gustaría que almorzáramos juntos?

—Sí, suena bien —dijo Peter sonriendo y me miró.

—Sí —dije yo sonriendo sin mostrar los dientes. Karla me dio un apretón en la mano y me miró a los ojos, eso hizo que me diera ánimos. Terminamos de desayunar.

—Davinia, ¿quieres hacerme compañía en el spa? —preguntó Karla antes de que abandonáramos la mesa.

—Sí, me vendría bien —dije y miré a Peter, que me sonrió y asintió con la cabeza.

Nos retiramos dejando a Peter y Ernesto conversando.

Cuando ya estábamos camino al spa, Karla me abordó.

—Desembucha tus miedos —dijo sin sorprenderme.

—Estoy muerta de miedo —dije con un hilo de voz.

—Es comprensible, si me lo permites, quiero estar contigo en este momento de tu vida —dijo dándome un apretón en las manos.

—Gracias —dije y la abracé con emoción —¡Joder! Ando echa un mar de



sentimientos —dije sonrojándome.

Karla se rió con ganas.

—Es normal, vamos, no te disculpes.

Fuimos al spa y me relajé bastante. Pero en mi mente pensaba en todas las cosas que podían dañar al bebé, era agotador.

—No te preocupes, todas esas dudas que rondan tu cabeza —dijo Karla impresionándome mientras me pintaban las uñas de los pies — tienen respuesta.

—¡Vaya! Me leíste la mente —dije sonriendo con diversión.

—Se te nota en la cara y en todo el cuerpo —dijo y me guiñó el ojo.

Las siguientes horas, Peter y Karla buscaron que me sintiera relajada y funcionó. Ernesto fue amable, pero se mantuvo al margen. Al día siguiente amanecí una vez más con náuseas.

—Vamos al médico, hablemos con él hoy y que nos explique qué hacer para que lleves el embarazo cómodamente —dijo Peter terminando de vestirse.

—Ok —dije y logré beber un poco de agua.

El médico nos dio una charla de cómo llevar el embarazo. Me tranquilizó un poco. Peter me prometió que, al llegar a casa, pondría a mi disposición toda la gente capacitada para que yo me sintiera bien. El último día la pasamos solos, después de hablar con el médico, hicimos actividades románticas y relajantes.

Vuelta a casa. Dejamos atrás la Riviera Maya. Llegamos directamente a nuestro hogar, no hicimos nada ese día, nos quedamos relajados en el sofá. Al día siguiente, Peter cumplió su promesa, pasé toda la mañana hablando con médicos, haciéndome exámenes y, sorprendentemente, todo iba bien. Lloré de la emoción. Ahora venía la parte de decirle al mundo sobre nuestro bebé, cosa complicada para mí, además de estresante.

—Cielo, si no quieres todavía anunciar lo del bebé, no lo hagas, es más, no quiero que trabajes, la oficina es muy estresante y si ocultamos el embarazo, ir a trabajar se te hará complicado. Quiero que estés relajada y que hagas lo

que desees —dijo y me cogió por la cintura.

Asentí con la cabeza.

—Tienes razón. Me estás leyendo la mente, ¿sabes? —dije con diversión.

—Eres fácil de leer —dijo y se echó a reír.

—¿Qué harás hoy? —pregunté.

—Bueno, ir a la oficina, pero me reincorporaré en una semana. Quiero dejarte cómoda.

No se lo discutí, no quería estar sola.

La semana pasó volando. Peter estaba muy protector, nunca lo había visto así, me complacía en todo, en comidas, en antojos que comenzaron a aparecer. Se estaba adaptando a mis cambios de humor, a mis constantes ganas de llorar, a mis náuseas y vómitos, a mis muy sensibles pechos. Compramos libros para el embarazo, para la pareja durante el embarazo. Desde que nos enteramos de que estábamos embarazados, no volvimos a hacer el amor. El sábado compramos la primera ropita del bebé, un pijama unisex, muy lindo. Todavía no sabíamos si era niña o niño. El primer ultrasonido me lo haría el lunes, Peter llegaría un poco tarde a la oficina ese día.

Lunes por la mañana. Estábamos con el doctor Ramón Torres, él llevaría todo el control de mi embarazo.

—Muy bien, veamos cómo va el bebé —dijo con sonrisa amable. Peter me cogió la mano —, el gel es un poco frío —dijo y me aplicó el gel. Comenzó hacer lo suyo.

—Interesante —dijo frunciendo el ceño.

Mis nervios se reflejaron en mi cara.

—¿Qué sucede? ¿Algo va mal? —pregunté esperando lo peor.

Peter apretó mi mano.

—No, no, todo bien, es algo bueno —dijo sonriendo ampliamente —son dos sanos bebés.

—¿Bebés?! —Dijo Peter pálido—, creo que necesito sentarme.

Me quedé muda.

—Los sexos lo sabremos más adelante, es pronto aún —dijo el doctor sonriendo.

Bebés, dos, tengo dos bebés en mi vientre. No me esperaba eso.

—Les daré unos minutos a solas —dijo el doctor ya que ni Peter ni yo podíamos hablar.

—Gracias —dijo Peter.

Peter se sentó en una silla junto a la camilla.

—Dos bebés... ¡vaya!

—Sí —dije tocando mi vientre.

Peter se levantó y me ayudó a sentarme.

—Tendremos dos, estamos juntos en esto —dijo y colocó su mano sobre la mía, que estaba encima de mi vientre.

No dije nada. Peter no me presionó. Regresamos a casa. Peter decidió no ir al trabajo, me consintió, cocinó mientras yo me daba un largo baño.

—Huele muy bien —dije caminando con la bata de baño.

—¿Cómo te sentó el baño? —preguntó picando un muy delicioso pollo horneado con verduras.

—Bien, me muero de hambre —dije mirando el pollo.

Peter me sonrió con ternura. Eran las 12 del mediodía.

—Lo sé, dirás que me muero de hambre porque tengo dos bebés dentro de mí —dije sonrojándome.

## Capítulo 7

—No, yo también tengo hambre, desayunamos poco —dijo y se echó a reír.

Almorzamos y Peter fue un rato a la oficina, yo me quedé leyendo los libros.

Sonó mi móvil. Atendí distraídamente.

—Aló —dije ojeando un libro sobre sexo en el embarazo.

—¡Davinia! Llegaste de viaje y no me llamaste —dijo Carla.

—¡Carla! Hola, ¡cierto! Tengo la cabeza en otro lado —dije y miré la cubierta del libro.

—Bueno, bueno, entiendo, desempacar es un fastidio, pero cuéntame —dijo con emoción.

—Fue mágico, nos relajamos, conocimos a dos matrimonios, pero pasamos más tiempo con uno que con el otro, el otro fue más como del momento —dije analizándolo mientras le contaba.

—¿Cuándo nos vemos? —preguntó entusiasmada.

—¡Bueno...! —dije casi titubeando.

—¿Bueno qué? ¿No quieres verme? —preguntó con voz ofendida.

—No, no, claro que quiero verte, pero Peter ya está reincorporándose a la oficina y yo decidí intentar otras cosas —dije una vez más mirando los libros.

—Estás extraña, hace ya... creo que más de una semana desde que regresaron del viaje.

—Carla, todo está bien, Peter y yo estamos muy bien, solo queremos hacer cosas distintas. No tengo necesidad de ir a trabajar —dije en modo defensivo.

—¡Davinia! Relájate, ¡mujer! Solo quiero verte —dijo con recelo.

—Lo sé, yo también, dame un tiempo y yo te aviso, por favor —dije con ansiedad.

—Ok, está bien, tómate tu tiempo, supongo que solo estás cansada, adiós —dijo y colgó.

Suspiré. Esto estaba rompiéndome los nervios. Peter regresó.

—Hola, cielo —dijo besándome la frente y depositando una bolsa enfrente de mí, que estaba sentada en la barra de desayuno.

—¿Qué es eso? —pregunté mirando la bolsa.

—Antojos —dijo sonriendo con diversión —, pero, espera. ¿Por qué estás tan apagada? —preguntó acercándose a mí.

—No sé cómo mentir —dije y suspiré.

—¿De qué hablas, mi amor? —preguntó sujetándome la cara con las manos.

—Carla me llamó y quiere verme, pero sé que me va a leer y sabrá que estoy embarazada y quiero llevar este embarazo sin estrés y ella...

—¡Shhh!, entiendo, mira, yo lo voy a manejar, hablaré con todos, les contaré, pero les pediré que te den espacio.

—No —dije levantándome—, no, Peter, no puedes hacer eso, no puedo alejar a las personas que me aman.

—Davinia, corazón —dijo dulcemente—, no quiero que te alteres—dijo y acarició mi vientre —, esto es abrumador para ti, yo no haré que se alejen de ti, pero sí que entiendan que necesitas respirar, tomarte las cosas con calma.

—Sí, me siento asfixiada, esta noticia hará que todos quieran darme la enhorabuena, pero yo solo quiero silencio —dije confundida por lo protectora que me había vuelto desde que sabía que estaba embarazada—, quiero proteger a los bebés, de mí y de todos —dije y Peter frunció el ceño.

—¿De ti?

—Sí, es decir de mi ansiedad, estrés, no quiero que les afecte nada —dije y se me aguaron los ojos.

—¡Oh! Davinia, corazón, ya entiendo, pero eso no va a suceder —dijo y me abrazó.

En menos de lo que creía, ya tenía un mes de embarazo. Todavía no se me notaba.

—Llegué, cielo —dijo Peter, yo me estaba mirando en el espejo del baño. Peter estaba en la habitación. Tocó la puerta.

—Pasa —dije mirándome el vientre. Peter entró, me rodeó la cintura y colocó sus manos en mi vientre desnudo. Acaba de darme una ducha y estaba en bata.

—Mis bebés están creciendo aquí —dijo acariciando mi vientre con ternura y a su vez enviando una corriente eléctrica por mi cuerpo. Mordí mi labio y Peter me vio en el espejo. Me hizo darme vuelta y me besó tiernamente la boca, pero yo quería más. Mis hormonas estaban revolucionadas. Sin pensar mucho, comencé a besarlo y a desvestirlo, Peter no me detuvo, porque pasamos días antes leyendo sobre el sexo en el embarazo. Mi libido había subido muchísimo.

Después de tres orgasmos, cabe mencionar que el primero que me sacó fue solo con los besos, nos sorprendimos los dos. Peter y yo pensábamos que era por tener un mes sin sexo. Comimos y nos tumbamos a ver películas.

Los días seguían pasando y Peter manejó como prometió a nuestros amigos y familiares. Cuando cumplí los dos meses de embarazo, todo se salió de control.

—Mi vida —dije caminando hacia la habitación.

Miré a Peter que estaba cabreado mientras se quitaba la corbata.

—¿Qué sucede? —pregunté con temor.

—Nada, tenías razón, debí de contarles a todos ya del embarazo —dijo cabreado.

Mi cara hizo que le bajara un poco su cabreo.

—Lo lamento —dijo acercándose a mí—, no debí responderte así... Lo interrumpí.

—¡Hey! Peter, no me estás respondiendo mal en ningún momento, no te reprimas tampoco, sí, estás molesto, pero no me estás haciendo daño, ahora cuéntame. ¿Qué sucede?

Peter me explicó que les dio muchas largas a todos y pensaron que yo estaba enferma, ya que he estado evitando ver a todos y solo respondiendo a algunas llamadas, pero nadie me había visto desde que regresamos de la Riviera Maya.

—Entiendo ¿ya les dijiste que estoy embarazada?

—No —dijo y se rascó la cabeza.

Suspiré.

—Yo lo hago —dije y Peter me detuvo con sutileza.

—No, no, yo lo hago, mañana reuniré a todos en un restaurante y listo —dijo tenso.

Sabía que era mala idea dejarlo cargar con todo. A él también le alteraba los nervios este embarazo, debido a nuestro historial.

Al día siguiente, un sábado, Peter invitó a los mosqueteros, a Carla y a Camila a desayunar. Yo me quedé en casa inquieta. Uno de los síntomas del embarazo era el hambre inmensa que comencé a tener repentinamente, todavía tenía nauseas matutinas, pero ya las había aprendido a controlar y había logrado dejar de vomitar, todo un éxito. Peter llegó casi al mediodía. Lo abordé rápidamente.

—¿Y bien?

—Hola a ti también —dijo irritado.

—Lo lamento, hola —dije impaciente.

—Ya les dije, prácticamente salí con las tablas en la cabeza, solo les faltó liarse a golpes.

—¿Tan malo fue? —pregunté con pesar.

—Bueno, me dijeron que eso no se hace, dos meses sin saber de ti y soltarles la bomba después.

—¿Están cabreados? —pregunté con tristeza.

—Bueno, están emocionados, pero no les gustó nuestra forma de actuar, lo sorprendente es que a ti te perdonaron rápido.

—Lo lamento mucho —dije con tristeza.

—Tranquila, tú no tienes la culpa, ni yo, esto es algo muy importante. Somos seres humanos, padres primerizos, ¡joder! Es normal que estemos acojonados —dijo y me abrazó.

Al día siguiente comenzaron a llegarme cartas y regalos. Nadie me llamó, sospeché que Peter tenía que ver con eso. Me llegó una carta de Karla Ortiz.

***Hola, preciosa amiga. Te tengo abandonada y ya debes de estar de dos meses. Qué emoción, te enviaré mi dirección, recuerdo que me diste la tuya y me emocioné ya que el mundo es un pañuelo, vivimos cerca. Ahora me encuentro de viaje por Israel. Te veré cuando estés de 5 meses. Te llevaré muchos regalitos para ese precioso bebé.***

De inmediato le respondí, pero como era correspondencia por avión, tardaría en llegarle.

***Karla, no sabes la emoción que me da saber de ti. Te tengo que poner al tanto. No es un solo bebé, son dos, sabremos los sexos en dos meses aproximadamente. Estoy muy protectora con los bebés. Ya no voy al trabajo, me encargo de hacer todas las actividades que sean sanas para mis hijos. Peter me tiene como una reina. No deja de ser abrumador. Estoy separada de mis amigos y familiares por miedo. Es absurdo, no sé por qué me pasa esto, es frustrante, ellos jamás me dañarían. Escíbeme cuando puedas por mail.***

Una semana después Karla me escribió por Gmail.

***¡No lo puedo creer! Dos bebés, ¡felicitaciones! Ya sé lo que te pasa, tienes miedo de repetir lo que te sucedió en el pasado. Es decir, al incluir a las mismas personas, tu subconsciente piensa que harás todo igual. Dales la oportunidad a tus seres queridos de formar parte de esto tan precioso que te está sucediendo.***

Y así fue. Primero decidí reunirme a solas con cada uno. Elegí de primero a Manuel. Lo vería el lunes, en pocas palabras, al día siguiente.

—¡Davinia! Preciosa —dijo con voz serena Manuel, acepté su abrazo cálido. No había elegido mal, él era pasivo y calmado.

—Lamento mucho haberlos dejado fuera de esto —dije con lágrimas en los ojos.

Manuel me volvió abrazar.



—No te disculpes y no te preocupes. Entiendo tu posición. Estás abrumada y tienes miedo, es normal —dijo tomando asiento. Lo invité a un precioso restaurante de comida mediterránea. Almorzarnos y nos pusimos al día.

## Capítulo 8

La segunda persona fue Desirée. El martes.

—¡Davinia! —dijo con emoción y me dio un abrazo de oso. La invité a cenar en un restaurante familiar —, ¿puedo sentirte la pancita? —preguntó con los ojos brillantes de la emoción.

—Sí, claro, aunque todavía no siento nada —dije sonrojándome.

Desirée me sonrió con comprensión y colocó su mano en mi pequeño vientre hinchado.

—Estás preciosa —dijo y tomó asiento.

Charlamos, nos pusimos al día.

Al día siguiente me reuní con Camila, en un restaurante exclusivamente de pollo.

—Bueno, me acabas de dejar sorprendida, dos bebés —dijo con una sonrisa sincera.

—Lo sé, ni yo misma me lo creo —dije jugando con el menú.

Camila me cogió de la mano encima de la mesa, subí la mirada.

—No te preocupes, eres una mujer fuerte, has pasado por tanta mierda, que esto te saldrá bien —dijo y sonrió ampliamente me dio un apretón en la mano. Se aclaró la garganta me soltó y dijo: —, ahora bien, tenemos que celebrarlo, pero no en un restaurante de pollo —dijo y se echó a reír. Me uní a su risa.

—Los antojos me tienen loca —dije sonrojada.

Camila dejó de ver su menú y sonrió con diversión.

—Supongo que a todos nos has reunido en distintos sitios —dijo chinchándome.

Rodé los ojos.

—¿Ya hablaste con ellos? —pregunté con sorpresa.

—No, es interesante cómo lo estás haciendo, ninguno ha hablado con el otro de lo que hemos conversado contigo y menos yo, ya que apenas estamos hablando.

—Sí, lo siento, lo correcto era...—Camila me interrumpió.

—Lo correcto es que lo hagas como lo sientas, Davinia, si querías anunciarlo así, que así sea. Pediré un pollo a la Broster —dijo cambiando de tema sin dejar de sonreír.

Negué con la cabeza.

—No cambias nada —dije sonriendo con diversión.

El jueves le tocó el turno a mi hermana Carla. Elegí un restaurante elegante de comida Internacional, para almorzar.

—No te voy a regañar, porque sencillamente no puedo —dijo y sacó un pañuelo.

Tuve que suprimir una risa.

Carla alzó una ceja.

—Davinia, no es gracioso, estoy sentimental, voy a ser tía —dijo y una lágrima escapó de su ojo derecho.

Me levanté y me acerqué a ella, me incliné y la abracé.

—Ya, ya o se me va a correr todo el maquillaje —la solté sonreí con diversión y tomé asiento enfrente de ella.

—¿Cómo te sientes con todo esto? —pregunté acordándome de la pérdida de su bebé.

Carla frunció el ceño.

—Estoy muy contenta por ti, sé que debes de estar pensando en lo que me

sucedió... pero no quiero que pienses más en eso, yo ya lo superé, y sé que cuando sea el momento, le daré primos a mis sobrinos —dijo sonriendo con ternura.

Se me salieron las lágrimas.

—Por favor, dame ese pañuelo —dije hipando.

Carla se echó a reír.

El viernes le tocó a Natalia. La dejé de último porque era una de las personas más intensas que había conocido en mi vida, pero no menos importante que los demás.

—La última —dijo con emoción y una cara de burla.

Solo le sonreí apenada.

Me dio un abrazo de oso.

—¡Dos bebés! Qué emocionante, voy a ser tía —dijo y tocó mi vientre.

Al decir que iba a ser tía, me puse a llorar, me consideraba como una hermana. Sé que Desirée también, pero oírsele decir a Naty, me llenó el alma de amor.

—¡Joder! No, no llores —dijo y me abrazó.

—Estoy llorando de emoción —dije serenándome—, ven, entremos al restaurante —dije cogiéndola de la mano.

El restaurante que elegí para Naty fue una tasca exclusiva en parrillas.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con cautela.

—Bien, muy bien, gracias a Dios —dije sonriéndole.

—¿Cómo vas tú con Valerio?

Natalia se sonrojó.

—Bien, no puedo quejarme, hasta me da miedo de lo bien que nos va —dijo poniéndose seria.

—¡Mujer! No te pongas así, es normal que sientas miedo, todos, hasta a él le

puede pasar —dije con sinceridad, no solo para animarla.

Natalia asintió con la cabeza y le volvió la sonrisa al rostro.

—¿Vas hacer una reunión, fiesta o algo para celebrarlo?

—Camila me preguntó lo mismo —dije sonriendo con diversión.

—¡Claro! Por Dios, Davinia —dijo con falsa indignación.

Almorzamos conversamos y quedamos en que le avisaría cuando haría una reunión, todavía no estaba lista.

—Hola, mi vida —dijo Peter dándome un beso rápido en los labios—¿Cómo te fue?

—Bien, pero todavía no estoy preparada para dar una fiesta o pequeña reunión —dije y suspiré.

—Entonces cuando lo estés, lo hacemos —dijo sonriéndome con amor.

Les dimos la noticia a todos por llamadas telefónicas.

Llamaron a la puerta una hora después de llegar a casa.

—Debe de ser la comida tailandesa —dijo Peter caminando a abrir.

Yo estaba en el sofá mirando una revista.

—Me muero de hambre —dije y al subir la mirada vi a Peter con Karla.

Me levanté rápidamente.

—¡Karla! —dije y la abracé.

—Mírate nada más, esa pancita barriga en crecimiento —dijo con una amplia sonrisa.

—Pensé que llegarías cuando estuviese en el quinto mes —dije con emoción volviéndola a abrazar.

Le había cogido rápidamente cariño a Karla.

—Yo igual —dijo y tomamos asiento en la sala.

—¿Cómo esta Ernesto? —pregunté.

Karla hizo un gesto con la cara como si hubiese tocado un tema delicado.

—Mujeres... las dejó, con su permiso —dijo sonriendo.

—Propio —dijo Karla regalándole una media sonrisa.

—Ok, cielo —dije y miré de nuevo a Karla. Peter se retiró—¿Qué sucede? —pregunté con seriedad.

—Lo que te imaginas, Ernesto y yo estamos distanciados, no te conté cuando nos conocimos, pero estábamos intentando solucionar nuestros problemas y no funcionó, pero descuida —dijo al ver mi cara de pesar—, es lo mejor, todavía me afecta, pero mucho menos —dijo y sonrió.

—¿Estás segura?

—Sí, pero lo bueno es que conocí a alguien en Israel, es un argentino y lleva viviendo en España casi un año, había ido a Israel porque es arqueólogo.

—¡Vaya! Qué interesante.

—Sí, hubo química cuando nos conocimos en el hotel. Fue muy divertido, nos asignaron la misma habitación, así que después de solucionarlo, nos fuimos a comer juntos y bueno... —dijo con una sonrisa genuina.

—No sabes cómo me alegro por ti —dije y acaricié mi vientre. Lo hacía últimamente sin darme cuenta.

—¿Cómo estás? —preguntó con una linda sonrisa.

—Bueno —dije y miré mi vientre que ahora se notaba—, están creciendo sanos y fuertes —dije con una sonrisa que no me cabía en el rostro.

—Me encanta, te lo mereces —dijo y me cogió de la mano.

## Capítulo 9

Las semanas pasaban y mi vientre crecía, llegó el cuarto mes.

—¿Están listos para conocer los sexos de sus bebés? —preguntó el doctor.

—Sí —dije apretando la mano de Peter.

—Ok, aquí vamos —dijo y comenzó hacer lo suyo en mi vientre.

—Felicitaciones, son niño y niña —dijo sonriendo con amabilidad.

Lloré, no podía evitarlo. Peter me dio un beso en la frente y se le anegaron los ojos.

El quinto mes llegó, mi pancita seguía creciendo.

—Estas instrucciones están en chino —dijo Peter rascándose la nuca.

—Yo creo que el problema está en que, al ser padre primerizo, lo ves todo en chino —dijo conteniendo la risa Valerio.

Natalia se echó a reír.

—Bueno, instalar una cuna no es muy sencillo —dijo Desirée y le dio un mordisco a una de las galletas recién horneadas de chocolates de Carla.

—No los defiendas —dijo Carla sirviendo zumo de frutas.

—Verdad, se supone que son hombres —dijo Karla haciendo énfasis en

hombres y se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas.

—¿Necesitan que les eche una mano? —preguntó Camila con diversión.

—Estamos bien, gracias —dijo Peter refunfuñando.

Todos nos reímos.

—Voy por más galletas —dijo Desirée.

Camila la miró de reojo con una sonrisita.

—Y dime chef. ¿Qué vamos almorzar hoy? —preguntó Natalia a Carla.

—Bueno, estaba pensando hacer una comida venezolana.

—¡Vaya! —Dijo Karla con sorpresa—, eso suena genial.

—Ya vuelvo —dijo Camila saliendo de la habitación.

Fruncí el ceño. Todos estaban charlando y nadie notó lo que yo. Así que anuncié que iría por más zumo. Sin hacer ruido, fui a la cocina y las vi, a Desirée y Camila besándose apasionadamente. Sonreí ampliamente, lo sabía. Unas manos me cogieron por la cintura. Pegué un salto, pero no grité.

—¿Espiendo? —preguntó Peter.

—¡Shhh! —dije dándome vuelta para mirarlo.

Peter me sonreía enseñando los dientes.

—Se formó una nueva parejita —dijo y me dio un beso en los labios con dulzura.

—Sí, vamos, no quiero que nos descubran —dije con emoción en voz baja.

Fuimos a nuestra habitación.

—No lo puedo creer, qué emocionante, Desirée y Camila —dije sentándome en la cama.

—Sí —dijo Peter sonriendo ampliamente.

—Y mi hermanita también está cocinando algo por ahí.

—Viva el amor —dijo Peter con una sexy sonrisa. Me mordí el labio inferior.

Peter alzó una ceja.

—Esa mirada la conozco —dijo acercándose de forma sexy a la cama.

—Sí, pero tenemos la casa a full —dije relamiéndome los labios.

—Bueno, no creo que nos extrañen por unos 15 minutos —dijo sacándose la camisa por la cabeza.

—Peter... —no pude decir más nada me comenzó a besar el cuello y se me olvidó hasta mi nombre.

—Cielo, tus pechos me vuelven loco —dijo masajeándolos.

Peter todos los meses me decía qué cosas le encantaban de mi cuerpo con los cambios del embarazo. Estaba siendo sincero y me hacía sentir mejor con los cambios.

*Desirée.*

*Las chispas saltaron desde que se conocieron por parte de Desirée ya que Natalia no se había dado cuenta. Desirée se lo hizo saber hace un mes. Cuando Manuel sugirió reunir a todos, menos a Davinia y a Peter, para planear el baby Shower para el 6to mes de embarazo, ya que sería una sorpresa.*

*Se reunieron en el apartamento de Desirée. Manuel, Natalia, Carla, Camila y Valerio. Durante una cena planearon todo.*

*—Yo creo que en el 6to mes sería lo ideal, ya sabemos los sexos de los bebés —dijo Natalia.*

*—Recuerden, cuando conozcamos a Karla, pasarle un mensaje o algo, Davinia hizo una muy linda amistad con ella —dije yo (Desirée).*

*—Sí, eso sería genial, que Davinia tenga a todos sus seres más allegados, será un Baby Shower con nosotros mismos, para no abrumarla —dijo Manuel.*

*—¿De comida qué haremos? —preguntó Camila llevándose a la boca un bastoncito de zanahoria. Me quedé mirando sus labios, el inferior estaba*



tan...

—Llamando a Desirée a tierra —dijo Natalia.

—Perdón —dije sonrojándome —¿la pregunta es conmigo?

Natalia rodó los ojos con diversión.

—Te estaba preguntando que si podías hacer el pan —dijo Natalia.

Me quedé impresionada, perdí el hilo de la conversación, tenía que decírselo ya.

—¡Sí! Claro, yo lo hago —dije y me serví una copa de vino.

Camila me miraba con atención. Continuamos planeando todo.

—Ya está la cena —anuncio Carla desde la cocina. Todos caminaron hacia la cocina, pero yo me quedé atrás agarrando una croqueta de jamón.

Camila estaba concentrada en su móvil. Suspiré y miré el plato lleno de croquetas y escuché que me dijo.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó. Giré la cabeza para mirarla, guardó su móvil y me miró con una sonrisa sensual, sin mostrar los dientes.

—Sí, la verdad es que sí —dije dejando la croqueta sin tocar en el plato y caminé hacia ella. —Esto —dije y la besé con pasión.

Al retirarme la miré a los ojos, me miraba con sorpresa, pero me cogió por la cintura y me besó.

Escuchamos a los lejos que ya comenzaban a servir la comida.

—¡Vaya! Dicho así —dijo Camila mirándome de los labios a los ojos—, me encanta lo que me tenías que decirme —se aclaró la garganta—, ahora vamos a cenar que se nos enfría y luego seguimos con la conversación.

Yo sonreí, asentí con la cabeza y fuimos a cenar.

—Te quedó fenomenal, esta sopa de gallina está... ¡madre mía! —dijo Manuel.

—Gracias —dijo Carla contenta—, y dejen un espacio para una pasta con mini albóndigas de cerdo que hice.

—Entonces Desirée hará el pan y podrías hacer unos rollos de hojaldre rellenos de cerdo —dijo Natalia—, los haces exquisitos —dijo sonriéndome.

—Gracias, sí, no hay problema.

—Yo colaboraré con los licores —dijo Natalia y miró a Valerio que le sonrió con gracia.

—Sí, yo también y buscaré unos dulces bien ricos en mi pastelería favorita —dijo Valerio.

—Bien, yo haré unos cuantos entremeses salados de la vieja escuela —dijo Manuel.

—Eso es indiscutible, lo de viejo —dijo Natalia chinchándolo y todos nos reímos.

—Muy graciosa —dijo Manuel.

—Y yo haré varios platos favoritos de Davinia —dijo Carla con entusiasmo.

—Yo puedo ayudar con la decoración —dijo Camila a mi lado.

—Bien, excelente —dijo Carla.

—Esperen, olvidamos a Peter, él contribuyó para que esos bebés estén en el vientre de Davinia —dijo Natalia con gracia.

—¿A qué te refieres? —preguntó Carla.

—Bueno, podemos hacer algo que le guste a Peter.

—Cierto, cierto —dijo Manuel—, un plato que le guste, una bebida alcohólica, un dulce, etc.

—Habrá bastante comida —dije yo sonriendo.

—Bueno, mi hermanita come una barbaridad ahora —dijo Carla con una sonrisa.

Todos sonreímos.

—Por Peter y Davinia —dije levantando mi copa—, y por los bebés, salud —dije y todos dijeron por Peter y Davinia y los bebés, salud.

Así llegó el sexto mes de embarazo. Estaba poniéndome enorme.

## Capítulo 10

—¿Qué haces, mi vida? —preguntó Peter entrando al estudio.

—Mirando fotos de mujeres embarazadas de gemelos a los 6 meses, y yo me veo más barrigona que ellas —dije con frustración.

—Mi vida, no todas las mujeres lo llevan igual. Además, estás preciosa, tienes un vientre lleno de vida —dijo colocando sus manos en mis hombros.

—Sí, sé que es normal, pero estoy enorme y todavía faltan 3 meses.

—Bueno, el doctor dice que hay mujeres que dan a luz a los 8 meses.

—Sí, ese tema también me pone nerviosa —dije con ansiedad.

—¿Tienes miedo al parto? —preguntó sentándose a mi lado en un banco de madera.

—Sí —dije mirándolo a los ojos—, no me da miedo el dolor, me da miedo que algo salga mal.

—Tranquila, mi amor, estarás en las mejores manos, el doctor ya nos dijo que, si no puedes dar a luz vía natural, te harán una cesárea.

Asentí con la cabeza, pero no era fácil ignorar el miedo.

—¿Por qué no, mejor, nos vamos a dar un baño juntitos? —dijo con voz pícara.

—Sabes, me impresiona que me quieras así, como estoy —dije bajando la mirada a mi gran vientre.

Peter frunció el ceño.

—Te amo y voy ser papá, eres una mujer preciosa, Davinia y súmalo a eso mi amor por ti y por estos bebés —dijo colocando su mano encima de mi barriga. — En lo sexual, tus pechos están más grandes y puedo acariciarte la barriga, todo eso cuenta —dijo mirándome con amor. Besó mi frente.

—Admito que mi lívido no ha bajado nada todo el embarazo —dije sonrojándome.

—Con más razón, disfrutemos las ganas. Cuando nazcan los bebés, estaremos ocupados. Claro que buscaremos, cuando te recuperes, reavivar la pasión —dijo sonriendo en modo jugueteón. Me puse a llorar su amor y mis hormonas descontroladas eran mala combinación.

—¡Mi vida! —dijo haciendo que me levantara, me abrazó—, no llores, vamos a darnos ese baño y luego a comer un rico helado casero que preparó Desirée.

—Tengo que llamarla para darle las gracias —dije mientras comíamos.

Peter sonrió, se veía tan guapo con la bata de baño y el cabello mojado.

—Me enviaron un mensaje quieren que nos acerquemos al apartamento de Carla hoy, por la noche.

—Perfecto, quiero preparar un lomo de cerdo relleno con champiñones, perejil y ajo.

—Eso suena delicioso, amor, ¿quieres que te compre las papas colombianas, las que son pequeñas?

—Sí, por favor —dije sonriendo.

Peter salió a comprar todo para la noche.

—Ya regresé, aquí está el lomo de cerdo, los champiñones, el perejil, mantequilla, ajo grande y fresco, las papas, unos aliños, aderezos, etc. Por supuesto, pasé por el nuevo restaurante que tanto te gustó y compré para almorzar paella.

—Delicioso, mi vida —dije y saqué los platos—¡Ah! —me quejé y Peter corrió hacia mí.

—¿Estás bien? —dijo cogiéndome por la cintura.

—Sí —dije sonriendo—, los bebés están dando patadas.

Me di vuelta. cogí las manos de Peter y las coloqué encima del vientre.

—¡Vaya! Sí, lo están haciendo —dijo con emoción.

—Deben de tener hambre —dije sonriendo ampliamente.

Peter se rió con ganas.

—Ciertamente —dijo y me ayudó a poner la mesa.

Mientras tanto, nuestros familiares y amigos nos tenían una sorpresa. Peter y yo pasamos la tarde cocinando. Nos dimos un merecido baño y salimos a casa de Carla.

*Desirée.*

*—Perfecto, cambio, repito, perfecto. Aquí Aquila 69 —dijo Natalia.*

*Valerio se echó a reír.*

*—Naty, ya se fueron, y no estás en una película de James Bond —dije aguantando la risa.*

*—¿James Bond? —se burló Valerio.*

*—Chicas, tenemos que hacer mucho —dijo Manuel negando con la cabeza.*

—Cierto —dije yo sonriendo con diversión.

—Desirée —me llamó Camila dejando su mano en mi espalda baja. Su toque me hacía estremecer.

—Sí —dije dándome la vuelta.

—¿Me ayudas, por favor, a sacar las decoraciones de mi coche?

Asentí con la cabeza y miré sus ojos que prometían mil travesuras.

Karla y Manuel estaban terminando de sacar la comida del coche de Carla. Cuando les perdimos de vista, Camila me pegó contra la puerta de su coche y me comió la boca.

—¡Joder! Parecemos dos adolescentes —dijo Camila—, es excelente la sensación de tener esto en secreto hasta que nazcan los bebés —dijo respirando con agitación.

—Sí, es bonito tener algo sin que nadie lo sepa. Es excitante —dije bastante excitada.

Escuchamos voces.

—Saquemos todo —dijo y me quiñó el ojo.

Valerio y Natalia seguían descargando el resto de las cosas. Mi movil sonó.

—¿Sí? —dije.

—Soy yo, Carla, ¿falta mucho? —preguntó en voz baja.

—Más o menos unos 10 minutos —dije.

—Ok, ellos trajeron comida, pero les dije que necesito ir a buscar algo ¿entonces ya los llevo para allá?

—Sí, total, tardas en llegar como casi 20 minutos, es perfecto.

—Bien, adiós, nos vemos —dijo y colgó.

—Daviania, Peter, no saquéis la comida, que tengo que buscar algo y me gustaría que me acompañarais.

Peter y Davinia me miraron frunciendo el ceño.

—¿Algo especial? —preguntó Davinia.

—Sí, dejemos la comida en la nevera y de regreso calentamos todo, ¿les parece? —dije con tranquilidad.

—Está bien —dijeron ambos con curiosidad.

¡Joder! Se me da mal mentir. Conduje hasta su casa.

—¿Por qué vamos a casa? —preguntó Peter con seriedad.

—¡Joder! Soy mala para hacer estas cosas —dije y suspiré.

Davinia se echó a reír.

—Es una sorpresa, mi vida —le dijo a Peter.

Yo fruncí el ceño.

—¡Joder! Davinia —dije yo y ella seguía riéndose. Negué con la cabeza—, sí, es una sorpresa.

—Lo sabía —dijo Davinia contenta.

Nos bajamos. Puse mi mejor cara ya que mi trabajo era que no lo notaran. Pero no planeamos bien esa última parte.

—Adelantaos, ya me fastidiasteis la sorpresa —dije rodando los ojos.

Peter y Davinia sonrieron y se fueron hablando. Lo que yo no sabía es que la sorpresa se la llevaron, ya que cuando abrieron la puerta y escucharon sorpresa de todos sus seres queridos, se quedaron sorprendidos. Ambos se imaginaban otra cosa, pensaron que yo les haría un regalo para los bebés de mi parte, no que todos le haríamos algo.

—¡Wow! No lo puedo creer —dije mirando a todos mis seres queridos.

Peter a mi lado estaba sonriendo ampliamente. Le dio la mano a Valerio y luego a Manuel y saludo a las chicas. Yo también. Después de besos y abrazos, Carla se nos unió satisfecha. Le di un abrazo de oso.

—Gracias, por todo esto, es precioso —dije tocándome el vientre.

—De nada —dijeron todos en coro.

—¡Que comience el Baby Shower! —dijo Natalia con entusiasmo.

## Capítulo 11

Subí las fotos a mi Facebook, las mejores fotos de las horas que pasé con Peter en la Riviera Maya, las fotos del mes pasado del Baby Shower y mi creciente barriga. Ya estaba de 7 meses y medio. Pintamos la habitación de los bebés amarillo pastel y verde. Las cunas ya estaban armadas, a la habitación solo le faltaban detalles.



—Está preciosa —dijo Karla, caminando y admirándola.

—Sí, es una gran habitación, antes era pequeña, en estos 7 meses Peter mandó a remodelarla. Esta habitación vendría siendo una habitación de invitados. La segunda.

—¡Vaya! Hicieron un magnífico trabajo. ¿Cómo te sientes? —dijo mirándome la barriga.

—Cada día más grande, pesada, cansada, pero feliz —dije acariciando mi vientre.

—Eso es lo que importa —dijo sonriendo contenta.

—¿Qué más falta en la habitación? —Pregunto mirándola — Lo pregunto porque yo la veo perfecta —dijo sonriendo con diversión.

—Lo sé, ya debería estar lista, pero Peter es quisquilloso, quiere instalar unas cámaras de vigilancia, sensores para bebés, etc. —dije suspirando.

—¡Vaya! Eso es amor —dijo con una gran sonrisa.

—Lo mismo le digo yo —dijo Natalia entrando con Valerio.

—Hola —dije abrazándola.

—Hola, bebés —dijo acariciando mi vientre.

—¿Vamos a ir juntas a las clases de parto? —preguntó Natalia sonrojándose.

Fruncí el ceño, no por la pregunta, si no por su repentina timidez.

—Claro, si gustan, tu también Karla —dije sonriendo, pero miré con curiosidad a Natalia.

Valerio rodeó por la cintura con cariño a Natalia.

—Hola —saludó Peter a los presentes.

Valerio y Peter se pusieron manos a la obra con la seguridad de la habitación de los bebés. Natalia, Karla y yo nos fuimos a las clases.

—O es que ahora que voy hacer mamá, desarrollé un sexto sentido o te conozco muchísimo, pero creo que...

Natalia abrió los ojos con sorpresa y me interrumpió.

—Davinia, ¡vaya!

Me tapé la boca, tapándome la sonrisa.

—¿Estás embarazada? —pregunté casi chillando de la emoción.

Karla nos miraba como una espectadora en una sala de cine.

La clase comenzó. Natalia tenía una cara de asombro y estaba roja tomate.

—Sí —dijo como nunca la vi, tímida.

Me levanté y la abracé con emoción. La gente en la clase nos miró con curiosidad. Ya que mi emoción era con sonidos, aplausos y chillando.

—Felicidades—dijo Karla dándole un abrazó.

—Gracias, queríamos anunciar el embarazo después de que nacieran los bebés —dijo sonriendo con timidez.

—¿De cuánto estas? —pregunté.

—4 semanas —dijo sonriendo con emoción—, nos enteramos hace unos días, estaba muy preocupada, rompiéndome la cabeza por si estuve bebiendo alcohol. Ya entiendo los nervios de las mamás primerizas. Fuimos al médico y todo está bien —dijo suspirando con alivio.

—Bueno, esto tenemos que celebrarlo con helado —dije repleta de emoción—, mis bebés tendrán un primito o primita, o tal vez primitos —dije con diversión.

Natalia se puso pálida.

—¡Joder! Tengo que procesar primero que estoy embarazada —dijo en voz alta—, perdón —dijo hacia los presentes, sonrojada.

Después de clase, siempre asistía con Peter, pero esta vez, él se quedó con Valerio terminando la parte de seguridad y estaba tranquilo porque fui acompañada, sino... no me hubiese dejado ir.

—¿Les parece si los invito a todos hoy a mi casa? —dijo Karla cuando llegamos de las clases.

—¡Vaya! Sí, ahora que lo dices, estás estrenando casa nueva —dije sacando un zumo de pomelo de la nevera.

Karla asintió con emoción.

—Divorciarme ha sido lo mejor del mundo.

Natalia y yo nos miramos.

Karla subió las manos en modo inocente.

—Es decir, cuando es una muy mala la relación —dijo sonriendo con sinceridad.

—¡Relájate! Mujer —dijo Natalia.

Yo sonreí con diversión.

—Sí, hoy es un día para celebrar —dije sirviendo varios vasos con zumo.

—¿Celebrar qué? —preguntó Peter entrando a la cocina con Valerio.

Miré a Natalia que se sonrojó.

—Corazón, mi amiga y querida hermana del alma, Davinia, adivinó o intuyó que estamos embarazados —dijo Natalia mirándolo a los ojos.

Valerio le sonrió con ternura.

—¡Enhorabuena! —dijo Peter dándole un abrazo a Valerio. Se acercó a Natalia y le dio un beso en cada mejilla y un abrazo.

Octavo mes, semana 37, estaba enorme, ahora sí lo podía decir con certeza.

Cené ligero y me fui a la habitación, Peter estaba en el estudio.

—Hola. ¿Cómo está la mamá más preciosa del mundo? —dijo preguntando y acostándose en la cama junto a mí. Yo estaba en posición cucharita, la barrigota me quitaba otras posiciones.

—Estoy que reviento en cualquier momento —dije acariciándome el vientre. Peter me rodeó la barriga con sus manos.

—Hola, pequeños, papi quiere que nazcan rápido, tienen a mami muy grande —dijo y se rió.

—¡Hey! —dije y con mucha dificultad me comencé a girar.

Peter me besó la boca con dulzura.

—Te amo —dijo sin apartar sus manos de mi enorme vientre.

—Yo también —dije y lo besé con dulzura y luego aumenté el beso.

—Davinia —dijo deteniéndose—, ganas tengo, las tengo acumuladas, pero si lo hacemos te puedes poner de parto.

Puse los ojos en blanco.

—Nos dijeron que pueden nacer en cualquier momento —dije yo con irritación.

—Lo sé, mi vida, pero ¿no quieres que nazcan cuando ellos quieran? —preguntó con cautela.

—Si me pongo de parto hoy, será de una manera relajada y deliciosa —dije con muchas ganas, no solo sexual, quería ver a mis bebés ya y terminar con la barriga, no podía más.

Peter acarició mi barriga y comenzó a besarme con ternura y de una manera lenta. Hasta que los besos subieron de nivel. Hicimos el amor lento, pero exquisitamente. No pasó nada, nos dormimos.

A la mañana siguiente amanecí con mucha hambre. Peter dormía, me puse hacer unos huevos con tocino. Pero me faltaba más tocino. No quería despertar a Peter así que decidí ir al supermercado, le dejé una nota. Él era muy sobreprotector desde que me quedé embarazada, más de lo que lo había sido nunca, pero sabía que tenía que confiar en mí. Me fui en taxi, llegué al

supermercado y comenzó a llover fuertemente.

Mi móvil sonó.

—Davinia —dijo Peter con voz de preocupación.

—Tranquilo, mi vida, vine al supermercado por más tocino, estoy bien.

—¡Joder! Me mataste del susto, vi tu nota, pero ¿sabías que hoy hay tormenta? Leí el periódico que se avecina una gran tormenta. ¿Lo sabías? —preguntó algo molesto.

—No, la verdad es que no —dije serena.

Ahora es que notaba el aguacero que estaba cayendo. La luz se fue y la gente se sobresaltó.

—¿Qué sucede? —preguntó Peter cuando escuchó el sobresalto de la gente.

Mantuve la calma ya que no estaba pasando nada de gravedad.

—Se fue la luz y la gente se asustó un poco.

—Quédate ahí, voy por ti —dijo con seriedad.

—Ok —dije y colgué. Suspiré, mi esposo era un exagerado. Pero como si el día de hoy no pudiese ponerse más intenso, sentí una gran contracción que hizo que soltara el paquete de tocino al suelo.

—Tome. ¿está bien? —preguntó un hombre como de la edad de Peter.

—Sí, los bebés dan patadas fuertes —dije apenada.

—No se preocupe, mi esposa, hace poco, pasó por eso —dijo sonriendo con orgullo.

Le sonreí de vuelta.

— Por lo que veo, esto va para rato... lo de la luz —volví a acariciar mi vientre, la contracción ya estaba pasando.

—Sí, es la tormenta que se esperaba, por eso esta llenó el supermercado, muchos prefieren comprar el mismo día, por si acaso, eso crea atasco, así somos los seres humanos, me incluyo —dijo sonriendo con diversión.

Seguía lloviendo y la luz no quería volver.

## Capítulo 12

Los empleados buscaron las formas alternas de cobrar las compras y de mantener orden. Pasó una media hora y Peter no llegaba y yo tuve que sentarme, estaba teniendo contracciones seguidas. Mi móvil sonó.

—Estoy en un tráfico. ¿Cómo estás? —preguntó nervioso.

—Mi amor, por favor, cálmate, conduce con cuidado, estoy bien —mentí, no podía decirle que me puse de parto.

—Ok, ya pronto llegaré, tal vez en una media hora, ¡joder! —Dijo—, lo lamento, el joder es con un capullo que no para de tocar el claxon.

—Te entiendo —dije y me mordí la mano, venia otra contracción mucho más fuerte.

—Bueno, cielo, quédate sentada en un sitio donde no haya mucha gente caminando, no quiero que te tropieces o algo así —dijo con amor.

—Sí —logré decir.

—Davinia... ¿Estás bien? —preguntó.

Y gemí de dolor.

—¡Davinia! —dijo perdiendo los nervios.

—No, lo lamento, Peter, creo que ya estoy de parto —dije sujetándome el vientre con una mano.

—Señora —dijo el hombre que me había ayudado antes.

—Davinia, ¡joder! —Dijo Peter —, escúchame, ¿hay alguien que te pueda ayudar?

—Dígale que sí, yo soy médico —dijo el hombre sorprendiéndome —, disculpe por no decirle en el momento, lo iba hacer, pero usted se veía nerviosa y luego se fue.

—Gracias —dije

—¡Davinia! —dijo Peter alterado.

—Peter, estoy con un doctor, quédate tranquilo, conduce con cuidado y ya — dije y otra contracción me hizo gritar de dolor.

El hombre se presentó.

—Soy Gregorio. Permítame hablar con su esposo —dijo con voz suave y tranquilizante. —Hola, Peter —dijo Gregorio—, sí, no sé preocupe, ok, no te preocupes —dijo sonriéndome y dándome la mano libre —, sí, tranquilo, ven con calma, tu esposa necesita que te relajes. —

Gregorio colgó. —Tu esposo quiere que lo tutee, ¿supongo que tú también? —dijo haciéndome reír.

—Sí —dije y apreté su mano en la siguiente contracción, venían muy seguidas.

—Relájate, voy hablar con el gerente y te llevaremos a su oficina, con este aguacero es mala idea moverte y más si tienes dos bebés en camino.

Asentí con la cabeza. Entre Gregorio y el gerente me llevaron a su oficina, subiendo unas escaleras. La media hora pasó y Peter todavía no llegaba, llevaba ya una hora y 10 minutos de parto y cada vez eran más intensas las contracciones.

—Vas muy bien, Davinia —dijo Gregorio revisando cuánto había dilatado. Solo quería a Peter a mi lado. 20 minutos después, llegó.

—¡Davinia! —dijo corriendo hacia mí, estaba empapado de pies a cabeza.

—Peter —dije y lloré por la emoción de verlo sano y salvo.

—Mi vida —dijo y me dio un beso en los labios.

Le dio la mano a Gregorio.

—¿Cómo está? —le preguntó Peter a Gregorio.

—Bien, muy bien, lo está haciendo excelente, ya casi está, estos partos son más cortos que los de un solo bebé. Puede durar de dos a tres horas.

Grité de dolor. Peter me apretó la mano.

—Tenemos que llevarla a un hospital —dijo con preocupación.

—Peter, estuviste en un atasco, tú viste cómo están las cosas por la tormenta. Hace ya tiempo que pedimos la ambulancia, pero yo creo que estos bebés van a nacer aquí, para cuando llegue la ambulancia, ya habrán nacido. Tranquilo, todo está bien, dale gracias a Dios —dijo Gregorio con calma.

Peter asintió y no dejó de cogerme la mano y de acariciar mi vientre. Me ayudó secándome el sudor de la frente, me dio cubitos de hielo y agua. Y así fue, llegó la hora de pujar. Casi 40 minutos de pujar.

—No puedo —dije llorando.

—Sí, sí puedes, mi amor, tú eres fuerte —dijo Peter dándome todo su apoyo y amor.

—Vamos, Davinia, necesito que pujes una vez más —dijo Gregorio sujetándome con una mano el bajo vientre.

El primer bebé nació. Un precioso y sano varón que lloró con fuerza.

—Tenemos un varón —dijo Peter llorando.

Gregorio me lo acercó.

—Hola —dije con la voz entrecortada—, hola, hijo —las lágrimas me nublaron la vista. Sentí un fuerte dolor y gemí de dolor.

—Hay viene el otro —dijo Gregorio. Peter cogió en brazos al bebé.

—Ok, puja —dijo Gregorio.

Comencé a pujar y salió mi hija. Lloró con fuerza y yo lloré de alivio.

—Aquí está la niña —dijo con alegría Gregorio.

La ambulancia llegó justo como nos informó que sucedería Gregorio. Me llevaron con mis dos sanos hijos a la clínica más cercana.



Pasé la noche en la clínica por petición de Peter.

—¿Cómo le pondremos al varoncito? —preguntó Peter viendo dormir a los bebés, estaban cerca de mi cama.

—Tyler Preston Evans —dije mirándolo dormir.

—¡Vaya! Me sorprendes, ya lo tenías planeado —dijo sonriendo con diversión.

Asentí con la cabeza.

—La verdad es que todos estos meses pensé mucho en tu nombre y en el mío, pero luego anoté los nombres que investigué y él es Tyler Preston Evans —dije con seguridad.

—Sí, lo es —dijo Peter con amor y besó mi frente.

—¿Quieres ponerle tú el nombre a nuestra princesita? —pregunté viéndola dormir.

—Sí, ella es mi niña —dijo con un brillo en los ojos—, Helena Dakota Evans.

—Peter, qué precioso, me encanta —dije y se me anegaron los ojos.

—Tyler es el mayor, el varoncito que cuidará de su hermanita —dijo Peter con orgullo.

—Sí, no puedo creerlo, Peter, tenemos dos bebés —dije y comencé a llorar.

—Sí, lo hiciste muy bien, te felicito —dijo y me dio un tierno beso en los labios.

Peter veló el sueño de los bebés y el mío. Al día siguiente me dieron de alta. Peter les avisó a todos del nacimiento de los mellizos. Irían a casa a visitarnos en la tarde. La emoción me llenó plenamente, mis dos bebés, llegar a casa... me hizo sentir plena.

—Aquí estamos —dijo Peter cargando a Tyler y yo a Helena.

—Vamos a ponerlos en las cunas —dije con cuidado.

—Gracias, mi vida, la habitación quedó estupenda, todo es perfecto —dije y lo abracé.

—Gracias a ti por hacerme el hombre más feliz del mundo.

—No quiero irme —dije viéndolos dormir.

Peter se rió en voz baja.

—No lo hagas, puedes descansar aquí, por eso puse la cama que ves allí y la mecedora cómoda y otras cositas más.

Lo volví a abrazar.

—Tengo hambre —dije sonriendo.

—Yo también, voy a pedir un rico desayuno, ya vuelvo.

Estuve de pie un rato mirándolos y luego me senté en la mecedora. Estaba cansada, por las emociones, por el parto, pero feliz, no cambiaría esto por nada del mundo.

Por la tarde llegaron todos. Trajeron comida caliente, regalos y todos colaboraron.

—Felicidades, mamá y papá —dijo Natalia en voz baja. Yo estaba sentada en la mecedora con cada bebé encima de una almohada de lactancia. Ya habían comido.

—Gracias —dije en voz baja.

—¿Puedo coger a uno? —preguntó Natalia.

Carla se acercó y dijo en voz baja.

—Tranquila a todos, les obligué a desinfectarse las manos.

Sonreí con diversión.

—Sí, coge a Tyler.

Natalia lo hizo con mucho cuidado, parecía una experta. A Carla se le aguaron los ojos.

—Toma, tía preciosa, coge tú a Helena —dije contagiándome de su ternura.

Carla se limpió las lágrimas que comenzaron a salir y cogió en brazos a Helena.

Peter retiró el cojín y me ayudó a levantarme.

Fuimos al jardín con los bebés.

—Gracias por todo el apoyo —dije con lágrimas en los ojos.

—No hay de qué —dijeron todos en coro.

—Yo me quedaré unas semanas —dijo Carla con emoción.

—Gracias, hermanita, sabía que podía contar contigo.

—Yo también quiero estar presente —dijo mientras mecía a Tyler, Natalia—, venir con frecuencia a ver a este precioso caballero—dijo sonriéndole con dulzura a Tyler.

—Tyler ya tiene su primera enamorada —dijo Peter y todos nos reímos.

Se quedaron casi dos horas y se fueron. Mientras los bebés dormían yo también. Carla me ayudó desde que llegó, no se separó de mi lado.

## Capítulo 13

7 meses después.

—Estoy enorme, creo que más grande que tú con los mellizos —se quejó Natalia levantándose con la panzota para ir por tercera vez al baño.

—Dame un segundo que Peter me está llamando —dije con diversión, mientras la veía dirigirse al baño.

—Hola, mi vida. ¿Cómo están los pequeños angelitos?

—Bien, Carla y la niñera me están ayudando, tengo todo bajo control.

—Me alegro, de todas maneras, me muero de ganas por ir a verlos —dije con emoción.

—Lo sé, lo sé, pero quiero que descanses un poco, disfruta tu tiempo libre —dije con amor.

—Lo haré —dije sonriendo— ¿Y Valerio?

—Practicando para ser papá —dijo Peter y se echó a reír.

—Muy gracioso, cambiar un pañal es duro —dijo Valerio con gracia.

—Lo escuché —dije y me eché a reír.

—Bueno, preciosa, te dejo, ya se despertaron.

—Ok, dales un beso de mi parte, Ciao.

—Es un bebé de 4 kilos —dijo Natalia sentándose y suspirando.

—Bueno, ya estás de 9 meses, en cualquier día nace —dije y le sonreí con comprensión.

Natalia acarició su gran barriga.

—Valeria Alejandra, es una bebé activa, tiene a mami como si fuese un balón de fútbol —dijo con una mirada de amor mientras acariciaba su vientre.

—Bueno, puedes tener sexo con Valerio y hacer que salga ya —dijo Camila acercándose a la mesa con Desirée.

—¡Sí! Eso mismo le sugerí yo a Valerio, le funcionó a Davinia —dijo con picardía Natalia mirándome.

—Ustedes son terribles —dije y me eché a reír.

—¿Ustedes me imagino que más adelante buscarán un bebé? —preguntó Natalia a Camila.

Desirée se ahogó con el agua.

Camila le dio un golpecito en la espalda.

—¡Natalia! Por Dios, nosotras estamos ahora... empezando, vamos lento —dijo sonrojada.

Camila la miró con diversión.

—Sí, pero la respuesta es sí, más adelante estamos pensando tener un bebé, no puedo negar que desde que vi a tus bebés, se me despertó el lado materno. Me encantaría que Desirée lleve a nuestro hijo.

Desirée abrió los ojos con sorpresa y miró con amor a Camila.

—Bien, entonces Valeria, Tyler y Helena tendrán más primitos —dijo Natalia acomodándose en la silla.

—Sí —dijo Desirée y le cogió la mano a Camila.

—Tenemos que encontrarle pareja a Manuel —dijo Desirée sorprendiéndonos.

Negué con la cabeza.

—¡Vaya! —Dijo Natalia—, no sabía que eras así —dijo con malicia.

—¿Por qué? —preguntó Desirée con sorpresa.

—Has cambiado, eso me gusta —la chinchó Natalia.

—Chicas —dije yo con seriedad. Ambas me miraron—, Manuel tiene su novia, lo que sucede es que es muy discreto, dejemos que él solo se suelte.

Ambas me miraron con la boca abierta.

—¡Joder! ¿y tú como sabes eso? —preguntó Natalia con recelo.

—Porque Manuel y yo tenemos una cercanía especial, él es como el hermano varón que nunca tuve —dije con ternura.

Natalia me sonrió con comprensión.

—Manuel ha sufrido mucho, por eso es más reservado con su vida personal —dije y cogí mi vaso con zumo.

Ambas asintieron.

Pedimos la comida y comenzamos a charlar. Cuando de improvisto Natalia se quejó de una contracción.

—¡Vaya! ¡auch! —dijo y se sujetó la barriga.

—¿Qué sucede? —preguntó Desirée con preocupación.

—Valeria está jugando otra vez... —hizo una mueca de dolor.

—Yo creo que ya llegó el momento —dije con una sonrisa amplia en mi rostro.

—No, no.... ¡ah! —Dijo Natalia—, ¡Sí! ¡joder! Sí, tienes razón.

Camila y Desirée perdieron los nervios.

—Calma. Desirée, llama a Valerio y vamos en tu coche a la clínica. Camila, ayúdala, por favor, a levantarse, pediré la comida para llevar y cancelaré —dije con firmeza y todas se movilizaron.

Camila condujo, Desirée iba a delante con ella y yo atrás con Natalia, que me apretaba con fuerza la mano.

—¡Shhh! Tranquila, eso es, respira —dije mientras Natalia me miraba con horror.

Llegamos a la clínica y estaban Peter y Valerio esperándonos. Valerio ayudó a Natalia a bajar. Peter me abrazó.

—Te amo, no sabes cuánto —dijo y me besó en la boca con dulzura.

—Vamos a ser tíos —dije con emoción y entramos en la clínica.

5 meses después, el primer añito de los mellizos.

—¿Te imaginas a Valeria Alejandra saliendo con Tyler? —dijo Desirée chinchando a Natalia.

—Pues...—dijo Valerio con un hot dog en la mano. Era una tarde soleada y preciosa, estábamos en el jardín de la casa, Peter al final mandó hacer una piscina—, mi princesita va a tener novio cuando esté en la universidad —dijo con diversión y a la vez con seriedad.

Peter se echó a reír con ganas. Las mujeres protestamos.

—¡Uy!, tíos, mejor calmaos o los dejarán sin cabeza —dijo Manuel sonriendo.

Manuel nos presentó a su prometida Victoria. Sonó el móvil de Peter. Se alejó para atender y sonreí con emoción. Les teníamos una sorpresa a todos.

Peter se unió de vuelta a la fiesta.

—Atención por favor, Davinia y yo —dijo tendiéndome la mano que acepté con gusto y felicidad —, tenemos que anunciarles que nos hemos convertido en padres por tercera vez.

Se hizo un silencio.

—¡Vaya! ¿Embarazados de nuevo? —preguntó Natalia con sorpresa.

Peter y yo negamos con la cabeza.

—No, adoptamos a Gaby —dije con emoción.

Todos se alegraron y nos dieron la enhorabuena. La fiesta continuó. Gaby se vendría a vivir con nosotros al día siguiente.

Era el día de la llegada de Gaby y hubo muchas sorpresas para ella. El cuarto de invitados lo expandimos como el de los bebés y le creamos un precioso

cuarto a Gaby. Investigamos sus gustos y a medida que creciera, podía remodelarlo como ella quisiera.

—¡Wow! Gracias —dijo con la propia emoción de una cría. Había crecido bastante.

—Cualquier cosa que quieras cambiar, nos dices —dijo Peter sonriéndole con ternura.

Gaby asintió con la cabeza. La dejamos que se adaptara a su nueva habitación. Peter me dio la sorpresa, investigo cómo hacer para adoptarla. Ella tenía a sus abuelos, pero Peter quería darle un futuro con unos padres estables. Gaby seguiría en contactos con sus abuelos, pero ahora tendría una vida completa, feliz, llena de amor. El tiempo seguía corriendo. A Gaby la conocimos a los 7 años y la adoptamos a los 9 años, casi dos años después. En el cumpleaños de ella, cuando cumplió 14, cuando entró a tercer año de secundaria, nos enteramos de que Oscar falleció en prisión, pero decidimos no decirle nada a Gaby, ella lo había olvidado.

Nuestros mellizos ya tenían 6 años, Gaby, 14, Valeria Alejandra, 5 añitos. Peter y yo estábamos plenos de dicha. Manuel y Victoria se casaron cuando los mellizos tenían tres añitos. Hoy, en la actualidad, ella está esperando un varoncito. Desirée y Natalia se comprometieron y lo anunciaron en el cumpleaños de Gaby. Natalia y Valerio decidieron casarse después de que naciera su segundo hijo, todavía no sabían el sexo. Peter y yo decimos tener un hijo más. Carla decidió usar vientre de alquiler con su mejor amigo, se dieron cuenta de lo enamorados que estaban y estaban juntos desde que ella tuvo el aborto. Karla, ex de Ortiz, se fue a vivir a Argentina con su arqueólogo. Todo estaba lleno de vida, de planes, de risas, de esperanza y de mucho amor. Peter y yo no podemos pedirle más a la vida. Solo dar las gracias a todos, a nuestros amigos que se convirtieron en familia, y a Dios.



## Capítulo 14

Boda de Desirée y Camila.

—¿Por fin ya estás en la dulce espera? —preguntó chinchándome Natalia.

—No, queremos tener una escapada romántica y concebir a nuestro cuarto hijo en Tailandia o Cancún —dije con diversión.

—Bueno, Miguel Alejandro —dijo con emoción.

Yo chillé de alegría.

—¿Cuándo te enteraste? —pregunté contenta.

—Ayer, y ya cerramos la fábrica de bebés. No voy a llegar a los 40 teniendo más —dijo con diversión.

—Ciertamente, Peter y yo tendremos uno más y ya.

—Al menos que vengan de nuevo dos —dijo Carla apareciendo con Sofía, mi preciosa sobrinita de 6 meses.

—Hola, Sofi, cosita linda, ven con la tita —dije y la cogí en brazos

—Bueno, si Dios nos manda dos más, que así sea —dije muerta de amor por Sofi—, extraño cuando son así.

—Lo dices por mi sobrino rebelde —dijo Carla echándose a reír.

—Sí, Tyler está pasando por una etapa de que ya cree es un adolescente y

solo tiene 6 años —dije sin poder evitar sonreír.

—Salió a Peter —dijo Natalia llorando de la risa.

—Están preciosas —dijo Manuel uniéndose a nosotras.

—Gracias —dijimos en coro.

—Tú estás muy guapo, ¿y Victoria? —pregunté mirando detrás de él.

—En el baño, la barriga la tiene loca —dijo con una sonrisa de futuro padre feliz.

—Mi sobrinito precioso, ya quiero que nazca.

—Sí, pero que no te escuché Desirée que anda con los nervios de punta —dijo Natalia sonriendo con diversión.

Manuel puso los ojos en blanco.

—Tranquila ¡mujer!, Manuelito todavía no nacerá, los médicos dijeron que falta una semana.

—Mami —dijo corriendo Helena, y abrazándome. Le pasé a Sofi a Carla.

—¿Qué paso, mi amor? —dije poniéndome en cuclillas.

—¿Puedo coger el ramo? —dijo con sus grandes ojitos, que salieron a Peter.

—Claro, cuando lo lance Desirée, si lo coges, te lo puedes quedar —dije y le acomodé el lazo del vestido.

—Ok, mami —dijo y se fue corriendo.

—No corras —dije mirándola. Unas manos me sujetaron con dulzura por la cintura. Peter, lo sentía antes de que me tocara.

—Me encanta verte en tu rol de mamá —dijo a mi oído. Me di vuelta, le rodeé el cuello con los brazos y lo besé con pasión.

—Davinia, no quiero perderme la boda por estar ocupado haciéndote el amor.

—¡Peter! —lo regañé con diversión.

—Papá —dijo Tyler. Dios mío, cómo amaba a ese pequeño, era una versión pequeña de Peter, pero con mi nariz.

—Dime, mi guerrero —dijo y Tyler le sonrío.

—¿Tengo que llevar esta cosa? —preguntó jugando con su pajarita.

Yo me mordí una uña y miré a Peter de reojo.

—Sí, un rato nada más, después de la boda te la puedes quitar, hasta yo lo haré —dijo y cogió en brazos a Tyler.

—¿Vamos a luchar? —preguntó con emoción.

—No, te voy a llevar a dar un paseo por el jardín —dijo Peter.

—No tardéis mucho —dije y Peter me guiñó el ojo.

Faltaban dos horas para que comenzara la boda.

—Hola, ¿puedo pasar? —pregunté ya que la puerta estaba entreabierta

—Sí —dijo con voz de nervios Desirée.

—¡Wow! Estás preciosa, qué vestido más bonito.

—Gracias —dijo con un brillo en los ojos que nadie podía quitarle—, me dirás infantil, pero lo vi en el vídeo de Becky G, el de todo cambió. Es parecido al vestido de novia de la última escena del vídeo —dijo sonrojándose.

—No lo he visto, tengo que verlo, pero no sé si a ella le queda bien, pero a ti... estás preciosa, tenía tiempo que no veía un vestido tan bonito, es más lindo que el mío —dije con sinceridad.

—Gracias, no sabes lo nerviosa que estoy, jamás he estado tan feliz en mi vida. Da miedo.

—Te entiendo —dije acercándome y cogiéndola de las manos— ¿Necesitas ayuda con algo?

—No, ya he hecho de todo, me quedé sola un rato, pero no te vayas, por favor —dijo muerta de nervios.

Sonreí con ternura.

—Descuida, faltan casi dos horas todavía, por qué no te relajas, tómate una o dos copas.

—Ok, sí —dijo y fuimos a la antesala a por unos tragos.

—¿Camila con quién está? —pregunté con curiosidad.

—Con sus amigos y familiares al otro lado —dijo y se bebió la copa de un solo sorbo.

—¡Hey! Despacio —dije riéndome.

—Despacito, sí, esa es una buena canción para bailar, tiene tiempo, pero es buena —dijo y se bebió otra copa.

—Mejor me llevo la botella, como buena dama de honor —dije quitándosela.

—Sí, claro —dijo y se miró en una cuchara.

—Manuel —dijo Desirée y lo abrazó.

—Hola, estás preciosa —dijo él sin romper el abrazo.

Le hice señas de que ya volvía y me hizo señas con la mano de que ok.

Fui a ver a Camila, no podía dejar de verla, era una de mis mejores amigas.

—Sí, más vodka —dijo Camila, cuando llegué hasta ella, estaba de espaldas mirándose en un espejo de cuerpo entero.

—¡Vaya! —dije con asombro, estaba súper sensual, de rojo.

—¡Davinia! —chilló con emoción. —Qué bueno que viniste a verme —dijo abrazándome con fuerza.

—Cómo no lo iba hacer, les estoy dando ánimos a ambas —dije sin soltarla.

—Sí, cierto, disculpa, estoy...

—Nerviosa —dije por ella.

—Sí, llevó tres copas.

Me reí.

—Bueno, Desirée llevaba dos, a lo mejor ya lleva más —dije con gracia.

—¡Dios mío! No puedo creer lo nerviosa que estoy, ¿puedes creerlo? Yo nerviosa —dijo y se miró una vez más en el espejo.

—¡Cálmate! Son nervios normales por la boda —dije y me serví una copa para mí.

—No, es que tengo miedo, jamás me enamoré así —dijo poniéndose seria.

Dejé mi copa en la mesa.

—Camila —dije acercándome más a ella—, todo saldrá bien, este miedo que tienes, lo tuve yo en varias ocasiones, amar tan intensamente da miedo, pero no es un miedo eterno. Es un miedo que entenderás con el tiempo. No es un miedo malo.

—Gracias —dijo y me abrazó con fuerza.

—Bueno, señoritas —dijo Valerio—, ya estamos casi listos, Davinia, Desirée mandó a buscarte. Yo me quedo con Camila.

—Bien —dije y le di un beso y un abrazo más a Camila.

Me encaminé hacia Desirée y tropecé con Victoria.

—Lo lamento —dije cuando la vi.

—Descuida, salí a tomar un poco de aire —dijo sonriendo.

—¿Cómo estás? —pregunté mirando su vientre.

—¡Oh! Bien, bien, el bebé está bien, gracias. Sí te soy sincera —dijo bajando la voz y acercándose—, estoy escapándome un rato de Manuel, esta nerviosísimo, aunque no lo aparente —dijo y me sonrió con diversión.

No pude evitar reírme.

—Lo sé, son los nervios de padre primerizo —dije.

—Sí, es su primer hijo, pero este no es mi primer bebé, tengo un hijo de 17 años.

—¡Vaya! Disculpa por mi sorpresa —dije sonrojándome.

—No, descuida, era muy joven cuando lo tuve, Leonardo, mi hijo. Se encuentra terminando secundaria en Chile con su padre.

Manuel se nos unió.

—Aquí estás —dijo con tono nervioso.

—Estoy bien, hablaba con Davinia —dijo mirándome con confianza.

—Sí, de la boda —dije y me excusé.

Los dejé hablando.

La boda comenzó, fue preciosa, íntima. Más de una mujer lloró.

Cada pareja e invitado se acercó a darles la enhorabuena a las novias.

—Mamá, permiso —dijo Gaby acercándose mientras hablaba con Desirée—, felicidades, tita —dijo y abrazó a Desirée.

—Gracias, mi amor.

Cada vez que Gaby me llamaba mamá, me daban ganas de llorar. Ya que Alexia fue como una madre para ella. Eso fue una conversación difícil que llevamos Peter y yo con ella con la ayuda de psicólogos, que, al final, Gaby nos enseñó una lección por su capacidad de comprensión, su madurez e inteligencia nos dejó impresionados.

—Dime, hija.

—¿Puedo ir acompañar a Valerio y a unos amigos de Camila a buscar más hielo? Al parecer hubo un incidente con eso.

—¿Amigos de Camila? —pregunté mirando a Desirée.

—Descuida, son los primos de Camila —dijo Desirée y le sonrió con diversión a Gaby. Cuando miré a Gaby, entendí.

—Claro, mi amor, pero con precaución, quédate cerca de Valerio, por favor.

—Ok, gracias —dijo con emoción. Me di un beso y se fue.

—Los primos de Camila tienen hijos de la edad de Gaby, hay como tres chicos guapos, por eso te pidió el favor —dijo Desirée con diversión.

—Sí, me imaginé algo de eso —dije sonriendo— Lo que no entiendo es el incidente.

Camila apareció.

—Bueno, a veces pasan cosas —dijo suspirando.

—Te refieres al hielo —dijo Desirée rodeándole la cintura.

—Sí, puede ser una boda cara o no, pero sucedió que uno de los mesoneros cayó dos bolsas de hielo al suelo.

—Errar es de humanos —dije yo para quitarle hierro al asunto.

—Sí, solo que quería que todo fuera perfecto —dijo con pesar Camila.

—Mi vida, todo es perfecto —dijo Desirée y la besó en la boca.

Yo no podía estar más contenta por mis mejores amigas.

## Capítulo 15

### Travesuras de los niños.

Los niños son niños. Tyler, Helena, Valeria, hicieron de las suyas en la primera navidad que pasamos todos juntos. Me refiero a Camila recién casada con Desirée, Manuel con Victoria y su hijo Manuelito. Valerio y Natalia, con Natalia a punto de dar a luz para los primeros días de enero. Gaby invitó a dos de sus mejores amigas y a uno de los hijos de los primos de Camila. El chico en cuestión, de nombre Alan, con su mamá y su papá, pasaron navidades y año nuevo con nosotros, desde el 21 de diciembre. Carla con su pareja, John y mi preciosa sobrinita Sofi. De Argentina vinieron Karla y James, su prometido. Peter y yo alquilamos una cabaña en un precioso lago. El primer día, todos llegamos por la mañana, desayunamos en un restaurante antes de ir a la cabaña. La primera travesura la realizaron al día siguiente. Valeria y Helena inventaron hacer el desayuno, tortitas. Se levantaron a las 5

de la mañana y llenaron toda la cocina de harina, huevos y azúcar. Las descubrimos Natalia y yo.

Cuando terminamos de limpiar todo, Natalia me dijo que fuera a asearme que ella se encargaba con Desirée de terminar de recoger. Las niñas, apenadas, pidieron perdón, pero nosotras les enseñamos cómo hacerlas sin llamarles la atención, les pedimos que para la próxima nos avisaran, ya que eran muy pequeñas para manipular una cocina todavía solas.

—Ve, yo termino con Desirée de preparar el desayuno —dijo Natalia limpiándole la cara a Valeria.

—Cielo —dijo Peter saliendo del baño con una toalla —¿Qué te paso? Parece que peleaste con un saco de harina.

—Muy gracioso, tu hija decidió hacernos el desayuno junto con Valeria y redecoraron la cocina —dije y me saqué su camisa por la cabeza.

—Sí, pues tengo que hacer eso, para que quedes toda llena de harina y así te saco todo el polvo —dijo rodeándome la cintura y lamiendo el azúcar de mi mejilla.

Tantos años juntos y todavía me hacía estremecer. Le quité la toalla y me cogió por el culo. Me llevó a la ducha, me desvistió con apremio mientras me comía la boca.

—Hagamos un bebé —dijo y le mordí el labio inferior.

Gruñó en mi boca.

—El desayuno... estará... en.... (Gemido) —no podía hablar, solo gemir.

—Yo te como a ti —dijo con la voz ronca.

Se sentó en el suelo de la ducha y me subí a horcajadas de él, comencé a cabalgarlo con sus manos marcando el ritmo.

—¡Dios! Adoro.... (gemido)... haber esperado una semana sin hacerlo... —dijo y gruñó.

—¡Oh! ¡sí! Una semana es.... ¡ahhhh! Mucho... tiempo... —logré decir.

Peter me alzó por la cintura. Salimos mojados de la ducha y me recostó en la



cama, comenzó a entrar y a salir rápidamente de mí, estábamos cerca y parábamos para poder alagarlo. Hasta que llegamos al éxtasis al mismo tiempo.

Cuando salimos, todos estaban terminando de desayunar.

—Buenos días —dijo Camila guiñándome el ojo. Los adultos nos miraron con diversión por tener el cabello mojado.

—Qué inmadurez —dije yo cogiendo una taza.

Camila me lanzó una uva.

—Es una inmadurez muy genial —dijo y se echó a reír.

Miré alrededor por si veía a Gaby.

—¿Y Gaby? —pregunté.

—Fue a lavarse los dientes.

No vi tampoco a Alan.

Fui a la habitación de Gaby. Toqué la puerta.

—Adelante —dijo y admito que sentí alivio. Todavía no había tocado el tema de los novios con ella.

—Hola, hija. ¿Cómo estás? —pregunté sentándome en la cama.

—Bien —dijo desde el baño. A los segundos salió. —¿Por qué? —preguntó estudiándome.

—Por nada, quería saber ¿si te gusta la cabaña?

—Sí, es muy cool —dijo y abrió el armario.

—Gaby, yo también quería preguntarte algo personal.

Gaby se dio vuelta.

—Lo sé —dijo y suspiró.

Fruncí el ceño.

—Me gusta Alan, pero no estoy siendo obvia, mamá, yo sé que te lo dijo Camila.

—Yo...

Gaby me interrumpió.

—Mamá, descuida, no estoy molesta con ella y sé que vas a querer hablar conmigo sobre novios y eso —dijo sonrojada.

—Bueno, no sabes cómo me encanta que seas tan pilla, me orgullece mucho eso —dije con una amplia sonrisa.

—Te pido que confíes en mí, no te dejaré por fuera, pero por favor, no quiero que sea un circo. Camila es buena persona, pero es incómodo que ya ella lo sepa, porque entonces todos lo sabrán y no quiero que Alan se entere.

—No, mi princesa, Camila no es imprudente, te lo prometo y descuida, confío en ti y no sabes cómo me gusta que me digas lo que sientes —dije y me levanté, le di un abrazo de oso.

—Gracias, mamá.

Llamaron a la puerta.

—Somos nosotras —dijeron las amigas de Gaby.

—Pasad —dijo.

—Buenos, chicas, las dejo —dije y Gaby me sonrió.

Nochebuena.

—Esto está delicioso —dijo Natalia comiéndose un pancito tostado con champiñones.

Valerio la rodeó por la espalda y puso sus manos en su vientre.

—Acuérdate del postre —le escuché decir en voz baja.

—Valerio —dijo ella regañándolo, pero sonriendo.

—El pavo estará a las 8 de la noche —anunció Carla limpiándose las manos en el delantal.

—Bien, huele excelente —dije cogiendo una copa con agua.

Peter estaba descorchando una botella de vino para el pavo.

Los niños estaban jugando a las escondidas. Gaby y sus amigas y Alan, jugando videojuegos.

Camila estaba pendiente de Sofi. Manuel y Victoria embobados con Manuelito. Karla y James salieron a comprar arándonos rojos para el pavo ya que lo estábamos haciendo versión norteamericana. John se estaba bañando. Desirée estaba poniendo la mesa. Los padres de Alan estaban pendientes de los niños y yo estaba ayudando a Carla con lo que todavía se estaba cocinando. Éramos un equipo.

Fui al baño y me hice la prueba de embarazo. Llamaron a la puerta del baño.

—Soy yo, cielo —dijo Peter.

—Adelante —dije esperando.

—¿La estás haciendo ahora? —preguntó con sorpresa.

—Sí, lo hicimos hace dos días y aunque teníamos una semana sin hacerlo, la anterior lo hicimos mucho y pues... a lo mejor... estoy embarazada —dije con emoción.

—Bueno en ese caso, quiero esperar contigo —dijo sonriendo ampliamente.

Pasó el tiempo y ya podíamos mirar la prueba.

—¿Y bien? No entiendo mucho —dijo Peter.

—Estoy embarazada —dije brincando de emoción.

—¡Sí! —dijo y me abrazó levantándome del suelo.

—¿Lo anunciamos mañana en Navidad? —pregunté con emoción.

—Sí, claro —dijo y me besó en la boca.

La cena estuvo exquisita, los niños se durmieron a las 11 de la noche, cayeron del cansancio. A las 12, Manuel y Victoria se retiraron, ya que Manuelito estaba muy pequeño todavía y los agotaba. Sofi durmiendo tranquila como los niños, estaba de un añito y meses de edad. Gaby sus amigas y Alan estaban hablando y jugando juegos de mesas afuera de la cabaña.

Los adultos en la mesa conversando. Peter y yo nos acostamos casi a las 3 de la madrugada. Pusimos los regalos bajo del árbol y nos acostamos.

Helena y Tyler pegaban brincos en nuestra cama.

—Santa, Santa nos trajo regalos, venid, venid —gritaba Tyler de emoción.

—Ya vamos —dijo Peter bostezando.

Helena se lanzó sobre Peter.

—¿Qué paso, princesa? —preguntó cuándo Tyler, corrió a la sala.

—¿Me llevas en caballito? —dijo chupándose el dedo. Era una manía de muy pequeña que tenía.

—Sí —dijo Peter derretido.

Me levanté con nauseas. Era algo que no extrañaba del embarazo. Ya tenía casi tres días sintiéndolas, estaba en lo cierto. Esa era la prueba infalible de que estaba en estado.

Los niños estaban contentos. Los adultos y adolescentes hicimos intercambios de regalos. Pasamos un día en familia, bebiendo chocolate caliente y descansado. Al día siguiente las mujeres hicimos limpieza general y los hombres se ocuparon de los niños. Natalia lo cogió con calma por la barriga.

Los días siguieron pasando hasta que llegó el 31 de diciembre, fin de año.

Había más platos elaborados, bastante licor, dulces, entremeses. La cabaña estaba limpia y decorada preciosamente para el fin de año.

—Pensar que no puedo beber —dijo Natalia comiéndose una galleta.

—Bueno, cuando nazca el bebé y después que dejes de amantar, lo podrás hacer —dije con diversión.

—Muy graciosa, qué simpática —dijo rodando los ojos.

—Este bebé es más grande que Valeria, el doctor me dijo que pesara cuando nazca 4 kilos y medio, más o menos —dijo y se llevó las manos a la espalda.

—Me di cuenta de que no te llevas bien con los embarazos —dijo Desirée comiéndose una uva.

—No, los disfruto, pero cuando estoy a punto de estallar, no veo el momento en que salga el bebé.

—Ciertamente —dije.

La noche llegó. Los niños se disfrazaron antes de tiempo con las cosas de la hora loca. Sus travesuras nos llenaban.

—Quiero proponer un brindis —dijo Peter sentándonos a cenar a las 10:30 de la noche.

Todos tómanos nuestras copas, incluso los niños sus vasos con zumo.

—Brindo por la vida, brindo por todos los que estamos presentes en esta cabaña, brindo por nuestra vida, por vivirla con salud, amor, respeto, armonía entre los seres que amamos, brindo por ustedes, que sois mi familia, no solo amigos, brindo por los bebés que están por llegar —dijo mirándome con amor—, brindo porque momentos como este se repitan muchos años más. Amén y gracias.

—Amén, salud —dijimos todos en coro.

Cenamos, bebimos, reímos, el año nuevo llegó. Gracias.

Gracias por todo Peter, Gracias Natalia, Desirée, Manuel. Gracias, Carla, gracias, Camila, gracias a los nuevos, como Karla, John, James, Victoria, a nuestros hijos, Gaby, Tyler, Helena, a nuestros sobrinos, Sofi, Valeria, Manuelito, a los que no nacen todavía, a los nuevos amores, a Alan, a sus padres, a los amigos de amigos y primos, gracias a todos y gracias a ti que allá fuera me lees y me apoyas.

Nunca olvidéis a los que os aman, no importa si no son de tu sangre. Lo que importa son las acciones, lo que importa es el apoyo, la fuerza que te dan. El amor puede llegar en una editorial, en una panadería. Son tantas clases de amor, que cuando vas descubriéndolos, los quieres todos. Ámate a ti mismo y darás más amor a los demás. Nadie dijo que el amor es fácil, pero se puede perder fácil, cuídalo, cultívalo, míralo crecer y, sobre todo, entiéndelo. No estás solo, cuando hay amor, lo demás se llena de color, de esperanza, de luz. Gracias.

Atte.: Davinia. Feliz año nuevo. La mejor postal del mundo es gracias a ti.

El primer diario de Gaby. Extras de la vida con hijos.

Después de pasar las vacaciones de navidad y año nuevo en la cabaña, Gaby me pidió un diario. Estaba muy ilusionada con Alan, y quería exteriorizar todo lo que estaba sintiendo por escrito.

—Bueno, es sensacional vivir algo así —dijo Natalia preparando unos sándwiches para los niños.

—Sí, la ilusión que tiene me encanta, pero a la vez me da miedo que le vayan a hacer daño —admití mirando a los niños jugar en el jardín.

—Alan es un buen chico —dijo Camila sentada en la barra de desayuno,

ojeando unos papeles.

—Sí, no digo lo contrario, solo que es una edad tan inocente... —dije y suspiré.

—Yo también te entiendo, Davinia —dijo Desirée con una bandeja completa de la primera ronda de sándwiches—, lo que puedes hacer es, para no perder la cabeza pensando en que la pueden lastimar, ya sabes, pensar en los posibles escenarios. Habla con ella, pregúntale cosas como: ¿Qué tal tu día? ¿Qué tal el colegio? Y así, poco a poco, ella verá no solo a su mamá, sino también a una amiga y a una confidente.

—Serás una excelente mamá —dijo Camila sonriéndole con amor a Desirée.

Desirée ya tenía un mes de embarazo, en marzo se sometió a una inseminación artificial. Estábamos en abril, yo estaba de 5 meses de embarazo.

—Gracias. Yo solo pienso que, aunque te asuste enfrentarte a algo así, porque es la primera vez y tal vez te olvidaste o mejor dicho te acuerdas de cuando tenías esa edad.

—Lo que importa es que no estás sola en esto, Gaby tiene varias tías y a su mamá, así que todo bien —dijo Natalia sonriendo.

—Sí, pero ella quiere que mantenga todo en secreto, no quiere que todos lo sepan.

—Es comprensible —dijo Camila.

—Hoy vamos a ir a una tienda para que elija su primer diario —dije con emoción.

—Excelente —dijo Natalia.

Desirée salió con la bandeja.

—Mamá —dijo Gaby entrando a la cocina, venía del jardín.

—Sí, hija.

—¿Ya podemos ir? —preguntó ansiosa.

—Claro, déjame ir por mi bolso.

Gaby sonrió con ilusión.

—¡Peter! ¿Qué te pasó? —pregunté mirándolo mojado de pie a cabeza con la cara llena de pintalabios. Se veía muy gracioso, tuve que mordirme un dedo para no reírme.

—Tenemos a una pequeña “Picasso” en la familia.

—¡Excelente obra de arte! —dijo Camila echándose a reír con ganas.

—Muy graciosa —dijo Peter limpiándose la cara con un pañito de cocina.

—¿Por qué estás mojado? —preguntó Natalia sonriendo con diversión.

—Tyler, estaba corriendo con sus amigos y me empujó sin querer.

Me eché a reír. Entró Valerio con Miguel Alejandro en brazos.

—Mi vida, el nene se hizo... ¿puedes cambiarlo que me llaman del trabajo? Por favor... —Dijo Valerio a Natalia.

—Sí, ven con mamá —dijo Natalia con ternura.

—Cielo, iré con Gaby al centro comercial.

—Ok, divertíos —dijo y me dio un beso en la boca y uno a Gaby en la coronilla.

Fuimos en mi coche.

—Entonces, iremos por el diario y luego a almorzar, ¿te parece? —pregunté mirándola de reojo en el asiento del copiloto.

—Sí ¿podemos almorzar en “KFC”? —preguntó con una sonrisa preciosa en su carita.

—Sí, suena delicioso —dije sonriendo.

Mi móvil vibró. Lo miré en la cola que se formaba por el semáforo.

Me eché a reír.

—¿Qué sucede? —preguntó Gaby.

—Tu papá con los mellizos, me envió una foto, mira —dije pasándole el móvil.



Gaby se rió con ganas. Peter tenía el cabello con trencitas y estaba cargando a Tyler dándole un beso en la coronilla y Helena le estaba colocando un lazo en una de las trencitas.

—¿Ya hablaste con Alan? —pregunté con cautela.

Gaby negó con la cabeza.

—Entiendo, ¿tienes miedo de decirle que te gusta?

—No, pero no estoy muy segura de si yo le gusto —dijo con voz apagada.

—Bueno, tienes dos opciones para poder saberlo.

—¿Cuáles? —preguntó con curiosidad.

—La primera es decirle que te gusta, pero sin ponerte nerviosa, ten seguridad, sé tú misma. La segunda opción es... invítalo a una fiesta en casa e invita a otros chicos y trátalos a todos como buenos amigos y verás si Alan te mira mucho. Eso sí, hija, recuerda no tengas miedo, por ponerte nerviosa es normal, relájate, si no le gustas, otro chico se fijará en ti.

—¿Puedo seguir siendo su amiga así?

—Claro, no tienes que dejar de serlo, pero si te causa tristeza, aléjate un poco sin ser obvia y cuando ya sientas que superaste ese gustar por él, lo tratas como siempre.

—Entiendo —dijo sonriendo.

¡Joder! No es fácil dar consejos así, es como sostener una bomba atómica con las manos. Yo hablando de miedos y me da miedo aconsejarla mal. Tengo que comprar más libros sobre padres y unos cuantos sobre la adolescencia en estos días.

Fuimos al centro comercial y Gaby miró varias tiendas donde vendían diarios.

—Este me encanta —dijo después de mirar como 30 diarios distintos. No me importaba sí quería mirar más, su carita lo valía.

—¿Quieres dos? Puedes llevarte otro modelo.

—¿De verdad? ¡Sí! Gracias, mamá —dijo y cogió otro.

Pagué y fuimos a la feria del centro comercial para comer en KFC.

—Muchas, muchas gracias, mamá —dijo admirando sus diarios.

—De nada, hija —dije sonriendo ampliamente mientras abría mi ensalada.

Después de comer paramos en una pastelería. Compré bastantes dulces y una tarta.

—¿Qué clase de tema usaras para la fiesta? —le pregunté a Gaby una vez que ya estábamos listas para ir a casa.

—Bueno, la verdad no quiero disfraces ya que no es una fecha para eso. Antes, cuando era una niña, sí, pero ya no —dijo poniendo una cara de “nada que ver”

—Sí, ya no eres una niña, eres una señorita —dije con orgullo.

—¡Mamá! —dijo sonrojándose.

—Está bien, está bien, no diré más —dije sonriendo con diversión.

—¿La haremos este sábado? —preguntó mientras me ayudaba a descargar los postres del coche.

—Sí, cuenta con ello.

—Gracias —dijo sonriendo ampliamente y se encaminó al interior de la casa.

—Esposa preciosa —dijo Peter acercándose a ayudarme. Me dio un rico beso rápido en la boca y sujetó el resto de los postres.

—¿Cómo os fue? —preguntó esperando que cerrara el coche.

—Bien, está muy contenta —dije sonriendo.

—Y ¿los bebés? —preguntó mirándome la barriga.

Me toqué el vientre.

—Bien, ahora durmiendo —dije sonriendo.

Íbamos a tener dos varoncitos y cerrábamos la fábrica de bebés.

La fiesta del sábado.

—¡Joder! No sabes cómo me pone saber que mi Gaby, le va a confesar que le gusta a un chico —dijo Peter caminando de un lado a otro en la habitación, mientras yo me ponía crema en el vientre para prevenir las estrías.

—Bueno, mi corazón, ya es una señorita, es su primera ilusión de amor —dije mirándolo.

—¿Fe amor?! ¡No! ¡Qué va! Nada de amor, Gaby es muy joven para saber de amor —dijo refunfuñando.

Solté una risita.

—¡Davinia! No te rías —dijo y siguió caminando.

—Peter, amor, ven a ponerme la crema tú, y relájate, sí, yo confío en ella.

—Yo también, en quien no confió es en el chaval ese —dijo dejando de caminar de lado a lado y se acercó a la cama.

—Los varones son más fáciles, cielo, las niñas son tan delicadas...

Le acaricié el cabello.

—Lo sé, aunque no te creas, yo soy una mamá celosa, a Tyler le gusta jugar mucho con Valeria.

Peter me miró con diversión.

—Tranquila, mami, que yo guiaré muy bien a nuestro pequeño hombrecito y a este par cuando nazcan —dijo frotando la crema en mi hinchado vientre.

Le sonreí con amor. Al día siguiente Peter y yo nos despertamos temprano. Era viernes, levantamos a los niños, teníamos una señora para que nos ayudara con la limpieza y una para que me ayudara en la cocina. Después de que los niños estuvieron aseados, vestidos y desayunados y su comida en sus mochilas, Peter los llevó al colegio.

Desirée llegó después de que Peter saliera con los niños. Decidió no trabajar mientras estuviese en estado. Natalia y Manuel se la estaban apañando bien con un nuevo empleado temporal hasta que Desirée regresara al rodeo.

—Bueno, veamos entremeses para adolescentes —dijo con diversión.

—Gaby adora el pollo, estoy pensando en incluir entremeses con pollo —dije haciendo una lista.

—Bien, y podemos poner unos tequeños, mini pizzas, mini empanadas, mini hamburguesas.

—Todo mini —dije y me reí.

—Exacto, es un clásico —dijo riendo.

—¿Quién lo diría? —dije nostálgica.

—¿El qué? —preguntó poniéndose el delantal.

—Hemos vivido tantas cosas, tenemos hijos, tú vas a ser mamá —dije llena de nostalgia.

—Sí, pero —dijo abanicándose con las manos la cara—, por favor, no me hagas llorar, ando muy sentimental con las hormonas —dijo y se sonrojó.

Me reí con ganas.

—Ok, ok, sigamos con los entremeses.

La señora Juana entró en la cocina.

—Buenos días, señora Davinia, señora Desirée.

—Juana, me puedes tutear —dije sonriendo ampliamente.

—Lo siento, se me olvida —dijo con vergüenza.

—A mí también, Juanita —dijo Natalia con ternura. Juana estaba en los 55 años. Llevaba trabajando con nosotros desde hacía tres años.

—Juana, llevas tres años con nosotros —dije sonriendo.

—Sí, es la costumbre —dijo con sinceridad.

—Bueno, te voy a decir que vamos hacer para la fiesta que dará Gaby este sábado, para ponernos manos a la obra.

—Ok, dígame.

Sonreí con amabilidad, de Juana solo podía lograr que me llamara por mi nombre en vez de señora, pero no lograba que me tuteara, me trataba de usted.

—Haremos varios entremeses salados con pollo —comencé a decir mientras miraba las anotaciones de mi libreta.

Logramos organizarnos, los invitados incluyendo a los adultos seríamos...

Natalia y Valerio con Valeria y Miguel Alejandro.

Carla y John con Sofi.

Camila y Desirée.

Manuel y Victoria con Manuelito.

Los padres de Alan, Alan, y cuatro amigos de Alan, dos chicas y dos chicos.

Las dos mejores amigas de Gaby, más dos amigos varones del colegio de Gaby.

Tres primos de Camila de la edad de ella.

Dos amigos de Tyler, dos amigas de Helena.

Peter, Tyler, Helena, Gaby y yo.

El personal eran Juana y Enriqueta en la cocina. Y 3 mesoneros para atender. El jardín trasero ya estaba dispuesto para poner un toldo. La decoración muy fresca como un cuento de hadas, sin pecar de infantil ya que Gaby lo dejó bastante claro, ya no era una niña. La piscina se decoró con preciosas luces y flores. La música se encargaría un Dj contratado por Valerio, para tener, tanto a niños, adolescentes y a adultos contentos.

—¿Habrá cotillones para los niños? —preguntó Desirée mientras tomábamos un descanso.

—Sí, para que todo sea perfecto para Gaby, decidí tener un área para los niños tanto afuera en la fiesta como dentro de la casa. Ya que Tyler y Helena les gusta hacerle bromas a ella —dije y negué con la cabeza.

Desirée sonrió con diversión.

—¿Y los bebés? —preguntó tocándose la boca pensativamente.

—Tendremos dos niñeras a la disposición. Cambiaran pañales, les darán de comer y mientras los niños se entretienen con las actividades, los bebés estarán cerca para que interactúen juntos —dije sonriendo con emoción.

—Perfecto, lo tienes todo muy bien organizado.

El sábado llegó. Gaby estaba contenta desde que fui a despertarla a las 7 de la mañana, hora que me pidió levantarla para poder ayudarla a prepararse, ya que a partir de las 12 del medio día comenzaba la fiesta.

—Mamá, este vestido fucsia de encaje me encanta, gracias —dijo emocionada.

Era un vestido cuello de tortuga sin mangas, arriba de la rodilla, pero no corto, perfecto para una adolescente de su edad.

—Me encanta que te guste, hija —dijo mirándola como lo admiraba.

—El cabello me lo voy a dejar suelto, pero quiero ponerme una diadema de pequeñas florecitas fucsias como los tocados de novias.

Sonreí ampliamente.

—Ok, entonces ve a darte un baño, te lavas bien el cabello, tómate tu tiempo y mientras desayunas, yo te arreglo el cabello.

—Ok, voy, gracias, mamá —dijo me abrazó y me dio un beso en cada mejilla.

Fui a la cocina.

—Buenos días, Juana.

—Buenos días, Davinia —dijo con la dificultad, ya que siempre le costaba.

—Buenos días, Enriqueta —dije cuando la vi entrando a la cocina.

—Muy buenos días, señora Davinia —dijo con una sonrisa enseñando los dientes.

Enriqueta tenía solo meses trabajando con nosotros. Venía cuando eran reuniones grandes para ayudar a Juana.

—Ahora necesito que preparen los desayunos, el de Gaby y el mío lo tomaremos en su habitación.

—Ok —dijeron en coro las dos.

—Davinia —dijo Peter entrando a la cocina—, buenos días —dijo dirigiéndose a Juana y Enriqueta.

—Buenos días, señor Peter —dijeron ambas.

—¿Qué sucede? —pregunté mirando su cara de preocupación.

—Tyler, se siente mal.

—Vamos —dije saliendo con él de la cocina.

—¿Qué sucede, hijo? —dije pasando mi mano por su frente — Tiene fiebre, Peter —dije mirando a Peter.

—Me siento mal —dijo Tyler con voz de malestar y comenzó a rascarse la barriga.

Le subí la camisa y vi una erupción.

—Varicela —dije de inmediato.

—¡Jo! —dijo Peter para no decir la palabra completa.

—Tranquilo, mi vida, vas a estar bien —le dije a Tyler sobándole la frente.

—Voy a ir a ver a Helena, ellos se pasan todo el día juntos, a lo mejor también está enferma —dijo Peter con preocupación.

Le hice señas para salir juntos de la habitación de Tyler.

—Peter, tranquilo, no es peligroso, sí contagioso, hasta para nosotros.

—¿Cómo haremos ahora? Me refiero con la fiesta de Gaby —preguntó con seriedad.

—Tranquilo, contrataremos a una enfermera, y la fiesta continuara en marcha, de vez en cuando, pasaremos a revisar a Tyler. Ahora vamos con Helena.

—Hola, mi princesita —dijo Peter. Helena estaba jugando con su muñeca favorita.

—Hola, papi —dijo y se paró encima de la cama.

Peter la alzó en brazos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó y le tocó la frente.

—Bien, quiero dulces —dijo con emoción.

—Bueno, ya sabemos que está bien —dije yo con alegría.

—Sí, pero veamos la barriguita —dijo subiéndole un poco la franela del pijama— ¡Aja! No hay puntitos rojos —dijo y pegó sus labios en la barriga de Helena y sopló haciéndole cosquillas y un sonido gracioso. Helena se echó a reír.



—No podemos dejar que Tyler se acerque a otros niños —dije mientras Peter continuaba jugando con ella.

—Ok, yo seré el guardián de Helena —dijo dándole un beso en la frente.

—¡Sí! Con dragones —dijo ella chillando de emoción.

—Bueno, los dejo en su castillo, iré con la otra princesa para prepararla para su fiesta real —dije haciendo una reverencia.

—Mami, yo tengo mi vestido —dijo Helena animada.

—Sí, claro que sí, mi amor —dije y la cargué en brazos.

—Mi vida —dijo Peter mirándome —, recuerda la barriga, no puedes cargar mucho peso.

—Lo sé —dije y le di repetidos besos en la mejilla a Helena y se la pasé a Peter.

La mañana avanzó. Me llevó casi toda la mañana arreglar a Gaby, me quedaba una hora para arreglarme yo.

—¿Cómo sigue Tyler? —pregunté entrando con prisa a la habitación.

—Bien, después que el doctor se fue. La enfermera ha estado pendiente de todo. Le di varias vueltas para verlo y está durmiendo, pasó mala noche. Lo que no entiendo es por qué no nos avisó.

—Bueno, tendremos que hablar con él luego —dije desvistiéndome para bañarme. Peter ya se había bañando, estaba en toalla.

—¿Cómo quedó Gaby? —preguntó comenzando a vestirse.

—Preciosa, no sabes lo contenta que esta. Adoro verla así —dije con satisfacción.

—Me encanta eso, mi vida —dijo sonriendo ampliamente.

Me bañé, me vestí y llamaron a la puerta, ya Peter se había ido hace rato.

—Adelante —dije poniéndome un collar.

—Hola, ¿se puede? —dijo Natalia.

—Sí, claro, pasa —dije girándome para mirarla, ya que la estaba viendo por el espejo. —Estás preciosa —dije mirando el vestido rojo que tenía. Era un vestido casual rojo.

—Gracias, tú también, la ropa maternal nunca se vio tan bien —dijo sonriendo ampliamente — ¿Quieres que te ayude con el maquillaje? Imagino que estuviste toda la mañana ayudando a la protagonista de la fiesta —dijo con diversión.

—Sí, quedó preciosa —dije con orgullo.

—Perfecto, ahora pondremos a la mamá de la reina más preciosa todavía.

Negué la cabeza con diversión. Mi vestido negro, más el maquillaje que me aplicó Naty, era perfecto.

—Gracias —dije levantándome—, que comience la fiesta —dije con emoción.

Los invitados ya estaban comenzando a llegar. Cuando llegó el último. Estábamos todos mezclándonos en la fiesta. Y Gaby hizo su entrada. Peter le hizo señas al Dj y pusieron su melodía favorita, una melodía de Peter pan del año 2003, “Fairy Dance”. Y ahí fue cuando Gaby se unió a la fiesta en el jardín trasero.

—Está preciosa —susurró Natalia a mi lado.

—Sí —dije tapándome la boca con las manos. Se veía tan segura de sí misma que se me anegaron los ojos.

Peter me rodeó con sus brazos y me besó la mejilla.

—Nuestra niña es toda una señorita —dijo con orgullo.

Los invitados la saludaron, Gaby estaba un poco sonrojada, pero lo hizo todo perfectamente. Miré a Alan, quien no le quitaba los ojos de encima, incluso sus amigos y los dos chicos que Gaby invitó. Peter siguió mi mirada.

—Tengo que protegerla de todos esos chicos —dijo y suspiró.

Solté una risita.

—Bueno, creo que lo harás toda la vida —dije y lo abracé—, y tienes

también a Helena.

—Sí, todavía es una bebé —dijo respirando con alivio.

—Peter, es una niña —dije riéndome.

—No, Gaby es una niña y Helena una bebé —dijo refunfuñando.

—Ok, ok —dije y lo abracé con una sonrisa de diversión.

—Es una fiesta perfecta, los entremeses están exquisitos, la música me encanta, cumple con todos los gustos. La idea de que los niños tenga su rincón y los bebés estén cuidados, es excelente, eres una maravilla, Davinia —dijo la mamá de Alan, Carmen.

—Gracias, la verdad que todos colaboraron, con las ideas, la organización —dije yo con sinceridad.

—No, ¡qué va! Davinia, tú fuiste la de las ideas —dijo Desirée uniéndose a la conversación— No te quites méritos. Deberías tener tu propio negocio y un blog para mamás. “Fiestas para tus hijos, de bebés, niños a adolescentes y padres beneficiados”, es un buen título.

Me reí con diversión.

—¿Qué sucedería con la editorial? —pregunté con diversión.

—Mi vida, la editorial va muy bien, lo que sugiere Desirée es buena idea, vi cómo estabas animada, preparando la fiesta de Gaby, eres excelente organizando —dijo Peter amorosamente.

—Sí, y no es tanto por el dinero que ganarías, es algo que se ve que disfrutas —dijo Camila.

—Tienen razón, la pasé muy bien —dije planteándome la idea.

—Y yo te tendría una gama de clientes, mis amigas para comenzar —dijo con entusiasmo Carmen.

—Lo pensaré, si quieres, puedes venir el lunes y nos tomamos un té con galletas y hablamos del tema, trae ese día anotado las personas que quieren realizar fiestas, reuniones, etc. —dije con un aire profesional.

—Perfecto —dijo sonriendo con satisfacción Carmen.

—Se vienen cambios excelentes —dijo en mi oído Peter y me abrazó.

—Sí —dije feliz en sus brazos.

Pero no todo era color de rosa. La fiesta estaba siendo un éxito, hasta que Gaby salió corriendo hacia la casa, casi a la hora de servir el almuerzo. Lo servirían a las 3 de la tarde.

—Yo voy —le dije a Peter que miraba todo con preocupación. Los invitados notaron lo que pasaba y comenzaron a hablar.

Corrí a la casa. Llamé a la puerta de la habitación de Gaby, pero no respondió, me preocupé y entré. Di gracias a Dios que la puerta estaba sin pestillo.

—¡Gaby! — La llamé, no estaba en su cama. La puerta del baño estaba cerrada. Me acerqué, llamé, pero no respondió. Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada.

—Gaby. ¿Estas bien? —pregunté con nervios.

—Sí, mamá, vete, por favor —dijo llorando.

—¡Oh! Gaby, sal para hablar ¿Qué sucedió?

—No quiero hablar ahora.

—Gaby, hija, escúchame, sea lo que sea, yo estoy contigo, no tienes que encerrarte —dije con las manos extendidas en la puerta.

—Mamá, te lo suplico, déjame un rato sola, estoy bien, no me pasará nada malo —dije con la voz rota.

—Está bien, pero no me iré —dije sentándome en la cama.

—Mamá, necesito espacio, no quiero que me veas llorando.

Se me rompió el corazón.

—Ok, me iré, te lo daré —dije contra de mi impulso materno de entrar al baño y abrazarla.

—¿Cómo está? ¿Qué le sucede? —preguntó Peter abordándome al salir de la habitación de Gaby.

—No quiere hablar ahora, está en el baño encerrada, me suplicó que le diera espacio —dije con tristeza.

Peter intentó entrar y lo frené.

—No, Peter, déjala, no quiere que la veamos llorando. Voy a preguntarle a Loreta y a Daniela que le sucede.

Loreta y Daniela eran sus mejores amigas.

—Pero Davinia, no podemos dejarla sola...

Lo interrumpí.

—Lo sé, pero me prometió que estará bien, que no le pasará nada malo. Tenemos que confiar en ella o se alejara de nosotros.

Peter estaba tan frustrado como yo.

Asintió con la cabeza de mala gana.

—Iré a mirar a Tyler —dijo y se fue.

—Hola, chicas —dije acercándome a las chicas que estaban discutiendo cuando las interrumpí.

—Señora Evans —dijo Daniela nerviosa.

—Me puedes decir, Davinia, Daniela —dije sonriéndole sin enseñar los dientes.

—Davinia, ¿Cómo está Gaby? —preguntó sin dejar los nervios de lado.

—¿Cómo va estar? Es tu culpa —la acusó Loreta.

Fruncí el ceño.

—Ya, chicas, calmaos, no peleen. ¿Cómo es eso? Explícame, por favor, Daniela.

Loreta puso los ojos en blanco.

—Yo tengo la culpa —dijo mirando al suelo.

—No te preocupes, no seas dura contigo —dije tiernamente, animándola a continuar.

—Besé a Alan y Gaby nos vio. Lo lamento mucho, es que él me gusta —dijo apresuradamente.

—Entiendo, descuida, tranquilízate —dije tocándole el brazo.

—No, Gaby me va a odiar—dijo con los ojos aguados.

—No, ven, tranquila —dije y la abracé y rompió a llorar. La tranquilicé y fui a buscar a Peter.

Natalia y Desirée me abordaron.

—¿Qué sucedió con Gaby? ¿Cómo está? —preguntaron casi en coro.

Suspiré.

—Bien, es una decepción amorosa, Daniela besó a Alan y Gaby los vio.

—¡Vaya! —dijo Natalia tapándose la boca.

—Y ¿Gaby dónde está? —preguntó preocupada Desirée.

—En su habitación, pero no quiere hablar conmigo ahora.

—Es comprensible, dale tiempo —dijo Natalia.

Asentí con la cabeza. Peter se acercó rápidamente a mí.

—Davinia, tenemos que llevar de urgencia a Tyler a la clínica, la pastilla para la fiebre le causó una reacción alérgica.

Mi corazón se aceleró.

—Tranquila, ve —dijo Natalia—, nosotras nos encargamos de todo.

Asentí con la cabeza. Y salí corriendo detrás de Peter. Este día estaba saliendo... no como esperaba.

Peter cogió a Tyler.

—¿Está bien? —le pregunté a la enfermera.

—Hablé con el médico, hay que llevarlo de urgencias porque se le puede cerrar la garganta y puede dejar de respirar.

—¡Dios mío! —Chillé— ¿Cómo es posible que no tenga nada para contrarrestarla?

—Lo lamento, el médico no me dejó nada.

—Daviania, olvídalo, yo después me encargó de eso, vamos —dijo con seriedad Peter.

Gracias a Dios, llegamos rápidamente a la clínica y atendieron de urgencia a Tyler.

Peter y yo estábamos que trepábamos por las paredes y sucedió que me afectó. Se me bajó la tensión por los nervios. Peter me sostuvo en brazos y me atendieron. Cuando abrí los ojos...

—¿Tyler? —pregunté intentando incorporarme.

—¡Shhh! Está bien, todo está bien, no estaba en peligro real cuando llegamos. Sí tuvo una reacción alérgica, pero la enfermera exageró. El doctor me pidió disculpas, ella es nueva ejerciendo.

—¡Por Dios! —Dije y me froté los ojos, estaba cansada—¿Cómo están los bebés? —pregunté tocándome el vientre.

Peter puso su mano encima de la mía.

—Bien, pero nos pidieron que lleves las cosas con calma, tienes mucho estrés y puedes hacer que sea un embarazo peligroso —dijo con seriedad.

Suspiré.

—Hoy no di una —dije con cansancio.

—¡Hey! No digas eso, cielo, todo está bien, al final no sucedió nada de gravedad.

—No, todavía no sabemos cómo esta Gaby.

—Daviania, yo he estado monitoreando todo desde aquí. Natalia y Desirée son como hadas madrinas —dijo sonriendo con diversión.

Fruncí el ceño.

—Jugar con Helena te hizo conocedor de esas palabras —dije chinchándolo.

—Muy graciosa. Pero todo va a estar bien, Tyler, efectivamente, solo tiene varicela y ya sabemos que es alérgico a un componente de la pastilla que se le

dio para la fiebre de esa marca.

Asentí con la cabeza. Le dieron de alta a Tyler y regresamos a casa.

Los invitados ya se habían ido.

—¿Cómo esta Tyler? —preguntó Natalia. Peter lo llevaba en brazos.

—Bien, mucho mejor —dije—Gaby, ¿cómo está?

—Ya la vi, le llevé un poco de comida, pero me dijo que más tarde comería. Así que solo le di un poco de zumo de sandía —dijo Desirée.

—Gracias, iré con ella —dije y luego miré a Peter.

—Yo acostaré a Tyler, está dormido —dijo Peter.

Asentí con la cabeza y me encaminé a la habitación de Gaby.

Llamé a la puerta.

—Adelante —dijo.

—Hola, hija. ¿Cómo estás? —pregunté con cautela.

—¡Mamá! —Dijo levantándose rápidamente— ¿Cómo esta Tyler?

—Bien, pequeña, bien, tuvo una reacción alérgica, pero ya se encuentra mejor —dije acariciándole el cabello mientras me abrazaba.

—Lo lamento mucho —dijo con voz de preocupación.

Le subí la barbilla para que mirara.

—¿Por qué? Gaby, tú no hiciste nada malo.

—Sí, te angustié, es que no quería que me vieras, necesitaba un tiempo a solas y luego pasó lo de Tyler.

—¡Hey! Descuida, todo está bien, es comprensible lo que te sucedió y no te preocupes por mí.

—Sí, mamá, vas a tener dos bebés y no puedes alterarte, eso yo lo sé, me lo explicaron en clases de salud.

La abracé.



—Eres muy inteligente, pero hija, descuida, no quiero que te alteres. Yo estoy bien, tus hermanitos también.

—Te prometo que no te daré problemas.

—Gaby, ¡hey! Tú no me das problemas, hija, ¡por Dios! ¿Quién te dijo eso?  
Gaby negó con la cabeza.

—Nadie, pero quiero que estés bien —dijo y me volvió a abrazar.

—Ok. Ahora ¿quieres contarme que sucedió? O ¿no quieres hablar del tema?  
Gaby se sentó en su cama, yo la copié.

—Daniela besó a Alan —dijo bajando la mirada—, y no supe qué hacer, me dolió mucho y me fui corriendo. Luego Daniela vino y me contó que le gustaba mucho, pero a Alan le gusto yo —dijo sonrojada y sonriendo—, entonces, eso lo sé porque Daniela me lo dijo, Alan la buscó después, cuando ustedes se fueron con Tyler a la clínica. Alan le dijo a Daniela que lo sentía pero que yo le gustaba.

Gaby no podía evitar sonreír ampliamente.

—Entonces vino la tía Desirée y vio cómo estaba, me trajo comida, pero yo no podía comer por la emoción, así que me trajo zumo de sandía. Ahí, al irse mi tía, vino Alan, me tocó la puerta y me confesó que yo le gustaba y... — se sonrojó toda—, me besó.

La cogí de las manos.

—¿Cómo te sientes? —pregunté sonriendo ampliamente.

—Bien, fue mi primer beso —dijo mirándose las manos—, fue muy natural, creo —dijo sonrojándose más todavía.

—¿Y ya son novios? —pregunté con cautela.

Asintió con la cabeza y subió la mirada.

—Estoy muy feliz, mamá —dijo y me abrazó.

—Yo también, mi niña, yo también —dije abrazándola.

Hablamos un rato más.

—¿Ya tienes hambre?

—Sí, la verdad, sí, probé unos entremeses y estaban divinos —dijo con emoción.

Respiré con alivio, me daba miedo que dejara de comer por estar enamorada.

—Gracias, mamá, gracias por todo —dijo de vuelta y me abrazó.

—De nada, mi preciosa señorita.

Fuimos a la cocina y nos encontramos a Peter comiendo con Valerio, Natalia, Desirée, Camila, Manuel, Victoria.

—¿Y Valeria, Miguel Alejandro, Manuelito? —pregunté tomando asiento en la mesa de la cocina.

—Valeria está en casa con Miguel Alejandro, están con la niñera —respondió Natalia.

—Manuelito, también en casa con mi mamá —dijo Victoria.

—¿Mi hermana? —pregunté con sorpresa.

—Se fueron, pero me pidió, casi lo olvido, que la mantengas informada. John tiene que madrugar mañana por un asunto de trabajo, está terminando algo para el lunes —dijo Natalia.

—Todos los invitados se fueron a casa —dijo Peter cogiendo un entremés.

Peter se levantó y se acercó a Gaby, discretamente le dijo algo y se alejaron un poco. Gaby sonrió y lo abrazó.

—¡Vaya día! —dijo Natalia.

—Sí, pero gracias a Dios y a ustedes todo salió bien —dije y cogí una mini pizza.

—Señora, Davinia, disculpé la interrupción, ¿ya sirvo el almuerzo? —preguntó Enriqueta.

—¡Cierto! ¿Qué sucedió con los invitados? ¿Comieron? Y ¿los cotillones? —pregunté con estrés.

—Mi vida, acuérdate, relájate —dijo Peter regresando con una sonriente

Gaby.

—Te respondo —dijo Natalia—, los invitados comieron antes de irse, se fueron más temprano, pero alimentados, con cotillones y todo.

Suspiré.

—Qué bueno, gracias, muchas gracias, Juanita, Enriqueta —dije sonriéndoles ampliamente.

—A la orden —dijeron en coro.

—Y la respuesta, es sí, comamos, ¿supongo que ustedes no almorzaron? —pregunté con diversión viendo como comían los entremeses.

—¿Se nota no? —dijo Valerio llevándose a la boca una mini hamburguesa.

Y todos nos reímos.

—Bien, ya sirvo, señora —dijo Enriqueta.

Almorzamos, prácticamente almuerzo cena. Juntos en la cocina. A la enfermera Peter la despachó y nos encargamos nosotros. Él más que yo, no quería que me estresara, pero yo igual iba a mirar a Tyler de vez en cuando.

Los meses pasaron y cumplí las semanas para que los bebés nacieran. Tuve que hacerme una cesárea, por tranquilidad del doctor. Fueron unos bebés sanos. Un poco más grandes que Tyler y Helena. Gaby y Alan estaban enamorados. Peter celoso, pero comprendiendo la primera ilusión de amor de Gaby. Desirée avanzando con su embarazo. La familia estaba creciendo, como nuestros sueños y esperanzas. No podíamos pedirle más a la vida. Otra sorpresa de la vida, mi agencia dio frutos, la abrí junto con Desirée, quien decidió abandonar la editorial. Carla se nos unió. Económicamente estábamos excelentes, teníamos salud, dinero, amor. Una prospera vida. Lo teníamos todo.